



FOMENTO
LECTOR



Publicaciones
Cultura

UN

CE

ALB

MTT

IA

PRESENTACIÓN

Nuestra propia experiencia nos dice que cuando leemos o escuchamos cuentos creamos un espacio íntimo de encuentro entre el que relata y el o los que escuchan. Cuando un papá, mamá, hermano, abuelo o profesor, le lee a un niño posibilita un acercamiento afectivo, porque al leerle también le está diciendo: “Te lo cuento porque te valoro y te quiero”.

Sabemos también que no hay mejor manera para fomentar la lectura que generando experiencias significativas relacionadas a los libros o a las historias, que tengan un eco directo en la vida, cualquiera sea la etapa en que se esté. Esta es la idea que promueve el programa Un cuento al día, iniciativa que invita a los adultos a leerles diariamente a los niños a través de acciones directas del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, como la distribución de cuentos para niños de todas las regiones del país entregadas a través de diarios, en el transporte público, bibliotecas y escuelas y una campaña en medios de comunicación que incentivó y celebró la lectura como práctica habitual.



Este programa fue impulsado por el Plan Nacional de Fomento de la Lectura Lee Chile Lee, política instaurada el año 2010 en coordinación entre el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, el Ministerio de Educación y la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Lee Chile Lee ha tenido como principal énfasis la promoción de la lectura en la primera infancia, ya que este período, que va desde los cero a los seis años, es crucial en el desarrollo de las personas y, por supuesto, en su camino como lectores. Este Plan también busca facilitar el acceso a los libros, así como poner a la lectura en la vida cotidiana de los chilenos, dos ejes que son partes fundamentales de *Un cuento al día*.

En este libro recogemos parte de los cuentos que fueron entregados a los niños durante el programa. Estos relatos escritos por 13 autores nacionales, como Alicia Morel y Floridor Pérez, representan diferentes generaciones y visiones de los cuentos para niños; historias que además fueron enriquecidas por las ilustraciones que realizaron a partir de ellas 12 jóvenes artistas chilenos. Los contenidos de esta edición reflejan la fuerza y la diversidad que tiene actualmente la creación en torno a la literatura infantil en el país.

El libro *Un cuento al día* fortalece la necesidad de continuar fomentando la lectura en los niños, a través de prácticas relevantes para la vida, imborrables para la memoria, como la de escuchar historias y relatos de los que queremos.

Roberto Ampuero

MINISTRO PRESIDENTE

CONSEJO NACIONAL DE LA CULTURA Y LAS ARTES



INTRODUCCIÓN

Por medio de la narración oral hemos contado y escuchado nuestras experiencias desde tiempos inmemoriales. Generación tras generación el conocimiento es transmitido a través de relatos que, alrededor de una fogata en una cueva o en el living de una casa con estufa eléctrica, nos han revelado infinitas vivencias.

La relación que tenemos con los cuentos es natural. Desde antes de nacer ya están ahí. Nuestros oídos se desarrollan a los cinco meses de gestación y desde entonces empezamos a escuchar historias; ahí comienza nuestro camino como lectores. Sin saber leer letras, leemos sonidos, ritmos, imágenes.

Leerle a los niños tempranamente conlleva una serie de ventajas que potencian su crecimiento intelectual, emocional y social, no solo porque permite establecer un vínculo afectivo con quien les lee sino también porque pueden así entender mejor su propio mundo, confrontando las historias que escuchan con lo que les ocurre o podría ocurrirle a ellos.



Cuando somos chicos, gracias a los cuentos descubrimos la maravilla de las palabras y ampliamos poco a poco nuestro vocabulario. Los relatos que escuchamos en la infancia nos permiten entrar al mundo del lenguaje, un inicio fundamental que nos ayudará en todos los aspectos del aprendizaje y desarrollo del conocimiento.

Antes de usar la palabra escrita, los niños comprenden conceptos y elaboran representaciones mentales de lo que oyen. Paulatinamente vamos adquiriendo un sentido del relato que nos permite contar historias con nuestras propias palabras, o crear otras nuevas a partir de ellas. Cuantos más conceptos utiliza y conoce un niño, más nutre su imaginación.

Si los libros que leemos a los niños son atractivos, es posible que más adelante se sientan animados a leer por su cuenta, porque querrán buscar por sí mismos las aventuras que, ya saben, muchos encierran. Y su camino como lectores sigue.

Un cuento al día reúne diversos cuentos de escritores chilenos ilustrados por artistas nacionales. Los cuentos y las historias son fundamentales para el desarrollo de la vida. Tal como escribió el novelista norteamericano Paul Auster: “La necesidad de relatos de un niño es tan fundamental como su necesidad de comida y se manifiesta del mismo modo que el hambre”.

Soledad Camponovo Llanos

COORDINADORA PROGRAMÁTICA

PLAN NACIONAL DE FOMENTO DE LA LECTURA

CONSEJO NACIONAL DEL LIBRO Y LA LECTURA



ÍNDICE

- 7 **PRESENTACIÓN**
- 9 **INTRODUCCIÓN**
- 11 El niño que quería ver a su ángel**
Escrito por Jacqueline Balcells
Ilustrado por Bárbara Oettinger
- 23 Amores de perros**
Escrito por Sara Bertrand
Ilustrado por Pati Aguilera
- 33 Una verdadera maravilla**
Escrito por Cecilia Beuchat
Ilustrado por Maya Hanisch
- 43 Tres cuentos para leer uno a uno**
Escrito por Esteban Cabezas
Ilustrado por Sol Díaz
- 51 Harry Houdini en el barrio**
Escrito por Sergio Gómez
Ilustrado por Fran Meneses
- 67 El vendedor de lluvias**
Escrito por Héctor Hidalgo
Ilustrado por Hernán Kirsten

- 75** **Las cosas raras**
Escrito por Andrea Maturana
Ilustrado por Isabel Hojas
- 85** **La noche del tatú**
Escrito por Alicia Morel
Ilustrado por Loreto Salinas
- 95** **El niño más bueno del mundo
y su gato Estropajo**
Escrito por Mauricio Paredes
Ilustrado por Fito Holloway
- 99** **La Caperucítala**
Escrito por Pepe Pelayo
Ilustrado por Margarita Valdés
- 107** **Lily, el pequeño duende del
Callejón de las Hormigas**
Escrito por Manuel Peña Muñoz
Ilustrado por Alejandra Acosta
- 119** **El Diablo y el boxeador**
Escrito por Floridor Pérez
Ilustrado por Pati Aguilera
- 127** **La ciudad junto al mar**
Escrito por Alberto Rojas M.
Ilustrado por Jorge Quien
- 137** **QUIÉNES SON LOS AUTORES**
- 140** **CRÉDITOS**

El niño que quería ver a su ángel

ESCRITO POR JACQUELINE BALCELLS
ILUSTRADO POR BÁRBARA OETTINGER



Todo niño tiene un ángel que se llama igual que él y que lo cuida mañana, tarde y noche. Son los ángeles de la guarda que no comen, ni duermen, ni descansan nunca. Pero ciertas noches de verano, cuando sus niños están durmiendo muy cansados y tranquilos, sus ángeles salen de puntillas de su pieza y salen a juntarse en el árbol más grande del vecindario. Y allí, reunidos a la luz de las estrellas como una bandada de pájaros nocturnos y transparentes, se cuentan unos a otros las maravillas, alegrías y desastres de sus niños. Como tienen el oído finísimo, cada ángel oye respirar a su ahijado aunque este duerma a cuatro cuadras de distancia; y si alguna pesadilla o algún dolor lo despierta, el ángel de la guarda vuelve a su lado en un suspiro.

Los ángeles adoran al niño o niña que Dios les confió, aunque sea feo o bonito, bueno, egoísta o mentiroso. Y aunque con su mirada de ángel nunca dejan de darse cuenta de las debilidades de su ahijado, siempre encuentran algo bueno, único y precioso que solo tiene su niño y que comentan en sus juntas nocturnas sobre los árboles.

Así, una noche estrellada, uno de los treinta y tres ángeles de la guarda posados en la copa del árbol más alto del barrio, contó la historia del niño que quería ver a su ángel.

—Simón, mi ahijado —comenzó diciendo el ángel—, es un niño que no se parece a ningún otro niño. Cuando su mamá le enseñó por primera vez esa oración que nuestros ahijados nos rezan en la noche y que empieza “Ángel de mi guarda, dulce compañía...”, mi Simón la abrumó a preguntas:

—¿Dónde está mi ángel, mamá? ¿Por qué no lo veo? ¿Tiene alas como los pájaros o manos como nosotros? Y cuando yo corro, ¿vuela para seguirme? ¿Y cuando duermo, se pone a dormir también o solo me cuida?

—Sé que todos los niños hacen ese tipo de preguntas —siguió el ángel de Simón—, y sé que los padres contestan con respuestas vagas que al poco tiempo se olvidan. Pero mi ahijado no. Él siguió preguntando y preguntando a tal punto, que su mamá, desesperada, acabó por prohibirle que mencionara mi nombre.

—No sé más... ¡Me vas a volver loca!

—¡Pero es que yo tengo que saber cómo es! —insistió Simón.

—Sé bueno y lo sabrás —respondió ella, para que la dejara tranquila.

—Si soy muy bueno, ¿¿¿podré verlo?!!! —gritó Simón.

Y su madre, sin pensar en las consecuencias, respondió:

—Sí, si eres muy bueno podrás verlo.

Desde ese día Simón cambió por completo. De egoísta que era, se puso generoso. Sus juguetes, que antes guardaba cuidadosamente y no se los



prestaba a nadie, ahora estaban desparramados por toda la casa como si fueran de sus hermanos menores; de rabioso que era, se puso manso; en la casa no volvió a gritarle a nadie y de flojo que era se puso estudioso.

¿Pero creerán, hermanos ángeles, que yo no estaba contento con los cambios de Simón, sino que me asustaban? Porque Simón se portaba así de bien, no porque quisiera de verdad ser bueno, sino porque calculaba que portándose bien yo me sentiría obligado a mostrarme.

—Ángel ¿viste cómo Juan me empujó a la salida del colegio y yo no le pegué? —me preguntaba en la noche antes de dormirse—. ¿No te parece que estoy más bueno? ¿Cuándo te voy a ver?

Luego se ponía a escudriñar todos los rincones de la pieza como si yo estuviera jugando a las escondidas. Y como no me veía, cada día se proponía ser aún más bueno y leer el libro latoso que le había recomendado la profesora y ayudar a su mamá a ordenar la casa.

Y pasó al fin lo que tenía que pasar. Sus compañeros se aburrieron de él y le dijeron que era un tonto que no sabía defenderse; los profesores dejaron de interrogarlo cansados de que siempre supiera el doble que los otros; sus hermanos perdieron interés en sus juguetes. Simón se fue poniendo triste, perdió el apetito, enflaqueció y finalmente cayó en cama, enfermo.

—Entonces, hermanos ángeles —siguió contando— mi compasión por mi pobre ahijado fue tan grande que decidí hacer lo que casi nunca hacemos: subir a conversar con nuestro jefe Gabriel. Y cuando llegó la noche y Simón se quedó dormido, salí de su pieza y crucé el cielo de los cóndores, crucé el cielo de las nubes más altas, crucé el cielo de la luna y de las estrellas, crucé la costa de chispas y llegué hasta la torre de rayos que ustedes conocen. Entré, subí por la escalera de los relámpagos y llegué ante el trono de don Gabriel.

—¿A qué has venido? —me preguntó, mirándome con los soles brillantes de sus ojos—. ¿Acaso tu ahijado ha dejado de vivir en la tierra y tu guardia llegó a su fin?

—¡No, no señor! Mi ahijado vive todavía, pero está muy mal. Es por eso que he venido a pedirte permiso para aparecerme ante él...

Don Gabriel se quedó mirándome, como si no entendiera lo que había venido a pedirle, pero había entendido muy bien, porque luego de un rato, que se me hizo eterno, me dijo:

—¡No, querido ángel! ¡Nada de apariciones! Lo siento mucho. Vas a tener que descubrir algún modo completamente natural de ayudarlo, para que nadie pueda ni siquiera sospechar que lo ayudaste.

Al oír esto, mi desaliento fue tan grande que hasta mis alas se opacaron. ¿Cómo iba a ayudar a un niño enfermo de ganas de verme si no me permitían aparecer ante él?

Me quedé ahí con la cabeza agachada y en silencio ante el trono de nuestro jefe, hasta que se compadeció de mí y me dijo:

—¡Ánimo, ángel! Tu ahijado Simón es un caso raro, pero han existido algunos aun más raros en la larga historia humana. ¿Por qué no vas a consultar a los ángeles de los muertos? Más de uno debe haber pasado lo mismo que tú.

No bien lo escuché, di media vuelta y partí. Había recobrado la esperanza, la luz y la fuerza de mis alas, y seguí camino hasta el monte radiante donde van a reunirse los ángeles cuando sus ahijados mueren. Y allí, entre más chispas y centellas, me encontré con millones de hermanos que reunidos igual que nosotros treinta y tres en este árbol, conversaban sobre las penas y alegrías con los ahijados que les tocó cuidar durante su vida en la Tierra. Allí escuché a los ángeles de San Francisco y Santa







Teresa aconsejando a los ángeles de Judas y de Pilatos cómo preparar su defensa ante Dios; vi también al ángel de Napoleón conversando con el ángel de doña Victorita, la dueña del kiosco de esta plaza que acaba de morir; al ángel de Beethoven con el de John Lennon y al de Picasso con el de Gabriela Mistral. Pero como a mí me faltaba la pluma de oro que llevan los ángeles de los muertos, en un momento la infinita multitud reunida allí en la punta de luz hizo silencio y se quedó mirándome amablemente. Entonces, en pocas palabras, me apresuré en exponer el drama de mi Simón y pedí la ayuda de alguno que hubiera tenido un ahijado semejante.

Los millones de ángeles se miraron; luego diez mil dieron un paso adelante; después cien avanzaron otro poco; finalmente diez quedaron frente a mí y se miraron; y el último paso hacia donde yo estaba lo dio un solo ángel. Era alto y calvo, de ojos penetrantes, una enorme barba blanca y unas alas con un toque de rojo italiano en sus plumas.

—Mi ahijado —comenzó— vivió en la tierra hace unos cinco siglos y sus ansias por verme eran muy parecidas a las del tuyo. Y creyendo equivocadamente que le bastaba con ser más bueno para poderme ver, no solo se dejaba maltratar por sus pequeños amigos, sino que hacía sacrificios como caminar a pie pelado por un campo de ortigas hasta que se llenaba de heridas o sobre la nieve hasta que se ponía azul de frío. Y noche tras noche me preguntaba: “¿No soy bueno, acaso? ¿Cuándo te veré? ¡Quiero verte, quiero verte!” Entonces yo, desesperado igual que tú, pedí permiso a don Gabriel para mostrarme. Pero también me lo negó. Volví a la tierra, desilusionado, pero no vencido. Y pensé y pensé con verdadera furia hasta que encontré una manera. Y un día, después de un fuerte temporal, cuando mi niño estaba solo en el patio de muros de adobe de su casa, me puse a soplar la gran pared que estaba empapada por la lluvia. Donde yo soplabo, el barro de la superficie se secaba y aparecía una mancha más clara. Y soplando por aquí y por allá, fui dejando solamente algunas partes húmedas, las que vistas desde el lugar donde

estaba sentado mi ahijado formaron una silueta de un hombre con dos inmensas alas oscuras. Luego di un brinco hasta el cielo, soplé las nubes, se abrió un claro azul y los rayos del sol cayeron e iluminaron la figura del muro. Mi ahijado levantó la vista, abrió desmesuradamente los ojos y comenzó a gritar: “¡El ángel, el ángel!” Toda la familia salió al patio, alarmada por sus gritos, pero ya las manchas húmedas del muro se iban evaporando y nadie alcanzó a distinguir la figura alada. Sus padres los atribuyeron a la imaginación, los hermanos se burlaron y los primos le dijeron que era un loco. Pero ese fue su remedio, porque sin importarle lo que le decían, desde ese día se dedicó con increíble perseverancia a pintar el muro trasero del patio para rehacer el ángel que ciertamente había visto. Nunca más me interrogó ni trató de hacerme aparecer con sacrificios, pero con sus óleos y pinceles me hizo aparecer muchas veces a lo largo de su vida. ¡Fue un gran artista mi ahijado Leonardo da Vinci!

Esa fue la historia que me contó Leonardo, el ángel calvo con alas de aire italiano. Y apenas terminó su relato, una idea brilló en mi cabeza. Me despedí con tres besos que sonaron a música y partí volando monte abajo. Crucé otra vez la costa de chispas, descendí entre estrellas y atravesé las nubes hasta llegar junto al rostro flaco y pálido de mi ahijado dormido. Y por primera vez en mucho tiempo sonreí junto a él: ¡al fin tenía un remedio!

Los treinta y dos ángeles que lo escuchaban posados en el árbol ni se movían, tan atentos estaban al relato. Entonces el ángel de la guarda de Simón, igual que si fuera un mago, hizo aparecer entre sus alas un enorme cuaderno que se elevó agitando sus hojas por el aire, hasta quedar posado en la punta del árbol.

—Este cuaderno, que les mostraré, lleva un importante título —dijo entre tímido y orgulloso— y en él podrán apreciar el final de mi historia.

Los ángeles se miraron entre sí, un poco perplejos.

—Pero... ¿tu niño se mejoró? —preguntó uno.





—¿Ya no te pide verte? —siguió otro.

—¿Soplaste un muro húmedo, como Leonardo?

—Les voy a contar lo que sucedió: mi niño estaba enfermo en cama, y en el lugar no había muros de barro ni lluvia, como en el caso de Leonardo. ¡No se me ocurría qué hacer! Hasta que una mañana, al ver la bandeja blanca en que la mamá de Simón traía el desayuno, se me ocurrió que la bandeja podía hacer de muro y la leche con chocolate de lluvia. Esperé que la mamá saliera de la pieza y cuando mi niño, después de haberse comido una tostada con miel se llevó el tazón a los labios para beber el primer sorbo, rocé su nariz con un aire del grosor de una pelusa. Instantáneamente, Simón estornudó y un chorro del líquido se derramó sobre la bandeja blanca. Entonces yo, más rápido que el rayo, fui soplando de aquí para allá hasta que la leche fue formando una figura con alas color chocolate. Mi ahijado miró la bandeja, abrió mucho los ojos y un poco la boca, se puso más pálido de lo que ya estaba y gritó con todas sus fuerzas: “¡Mamáaa: mi ángel, este es mi ángel!” Pero en su excitación dobló una pierna, la bandeja se movió y el líquido corrió hasta el borde. Cuando su mamá y hermanos, asustados por los gritos, llegaron a la pieza, del ángel no quedaba más que una sombra oscura sobre el cubrecamas. Demás está decirles que sus hermanos se rieron de él y la mamá lo retó por haber derramado la leche y además gritar como un loco, asustándola. Pero cuando al día siguiente lo sorprendió dibujando en la bandeja con el dedo untado en el tazón del desayuno, en vez de retarlo fue y le compró un cuaderno y lápices. Fue así cómo mi ahijado comenzó a pintar y el ánimo volvió a su vida.

Los treinta y dos ángeles sonrieron: la historia los había llenado de alegría, aunque luego de un rato uno preguntó:

—Pero... ¿cómo puedes estar seguro de que sanó? ¿Cómo sabes que no te va a volver a pedir que te aparezcas?



—Estoy seguro de que sanó: se lo pasa feliz dibujando y en las noches ya no me pregunta si es bueno, solo le interesa saber si es buen pintor. Miren esto...

Y volvió a abrir el cuaderno de Simón. Pasó rápidamente unas hojas con borrones color chocolate y otras con unas figuras torcidas, hasta llegar a una página donde había un dibujo casi perfecto.

—¡Ohhhh! —exclamaron todos en un coro de voces puras—. ¡¡¡Qué maravillaaa!!!

—¡Es precioso!

—De verdad, tu ahijado sanó...

—¡Sí! —dijo el ángel de Simón, enrojeciendo hasta sus alas de puro contento.

Bajo el título *Mi ángel de la huarda*, había dibujado, tan bien que parecía vivo, un colorido pájaro, parecido a un queltehue, con las alas desplegadas.

Amores de perros

ESCRITO POR SARA BERTRAND

ILUSTRADO POR PATI AGUILERA



Hay amores que matan, se los digo con una pata en mi corazón. Hubiese preferido ahorrarme el dolor y este agujero que siento en el pecho y me tiene suspirando como si me faltara el aire. Ahora es tarde para lamentarse. O, tal vez, es demasiado temprano, ¿cómo saberlo? He escuchado que el principio de cualquier cosa también es su final, pero ¿cuándo comienza y cuándo termina? Grrr. Ustedes saben que hay preguntas que son imposibles para un perro y no es que quiera aburrirlos, de hecho, soy de pocos ladridos. Así es que al grano: la culpa de este lamento, esta historia que me veo forzado a contar, la tuvo una cachorra café rojiza. Una preciosura de ojos como la noche, orejas interminables y cola en punta que me robó el corazón y cambió mi vida animal para siempre. Tan dramático como se lee. Ella y su engreída forma de mirarme a los ojos, abrir el hocico y mostrar sus caninos impecablemente blancos para emitir un gruñido de gato. No miento. Era una chica de mi raza, pero al mostrar sus dientes lo hacía como una gata.

En pocas palabras, no me quiso.







Podría estirar las cosas y decir que me odió, pero ¿cómo podría odiarme si soy guapo e inteligente? Un salchicha negro, hijo de padres campeones, lo mejor en la expresión de mi raza, entonces, díganme quién, ¿quién en su sano juicio rechazaría a un macho así? Pues para que vean que las cosas se complican entre perros cuando hablamos de sentimientos, ella, la bella cara de botella, no me quiso. Por más que le mostré mis gracias, salté y corrí alrededor suyo; por más que la perseguí; por más que rechacé un apetitoso hueso para dejárselo a sus pies, ella no me quiso. Y yo que a poco andar me imaginé con unos cachorros negros y cafés correteando en nuestra casa de perros. Ni siquiera llegué a preguntarle si era hija de algún campeón ni menos si le interesaba emparentarse conmigo. Como les conté, ella se limitó a mostrar sus caninos.

El asunto me llevó a plantearme otras preguntas difíciles, por ejemplo: ¿Existe eso del amor-perro-a-primer-olfato? O, ¿qué tiene una perrita que no tenga otra? Porque ella tenía cuatro hermanas que se mostraron mucho más simpáticas conmigo, podría haberme gustado cualquiera, ¿no? Y sin embargo. También surgieron dudas ingratas que podría resumir en las palabras del poeta: ¿Qué se ama cuando se ama? Dicho de otra manera, ¿cómo es posible que haya caído a sus pies si ella no me dio ni ladrido?

Guau.

Pero no quiero hablar de mí, aunque uno termine hablando de uno. La historia que quiero contarles es otra y tiene que ver conmigo, pero de una manera, ¿cómo llamarla? Cruel. La verdadera protagonista, la que se robó la película fue ella. Ella que pestañeó y caí fulminado, ella que se acurrucó en la falda de su ama y no se dignó a mirarme.

Sucedió así:

Hará cosa de un mes nos invitaron a un asado. Digo “nos” porque fui con mis amos, los Rojas. Yo estaba entusiasmadísimo con el paseo, de hecho, era la primera vez que salía fuera de Santiago y quería verlo todo, por eso apenas me subí al auto peleé un asiento al lado de la ventana. El viaje se me hizo eterno, los paisajes tan distintos y los olores, ¡guau! Una deliciosa mezcla agri dulce con toques de sabores desconocidos. Para cuando llegamos, quería recorrer cada rincón.

No hice nada.

Me enamoré en cuestión de segundos.

Me explico: bajé del auto de un salto, el pasto me llegaba hasta las orejas así es que di botes como un conejo. Alcancé a reconocer un gran estanque de agua, los Rojas iban con traje de baño y flotadores y se bañaron mucho rato, yo también lo hubiera hecho de no ser porque al cuarto brinco tropecé con ella.

Ella.

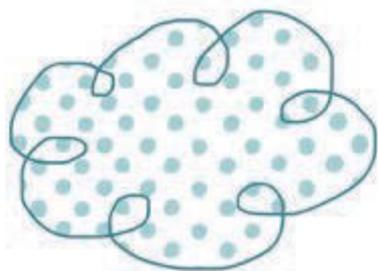
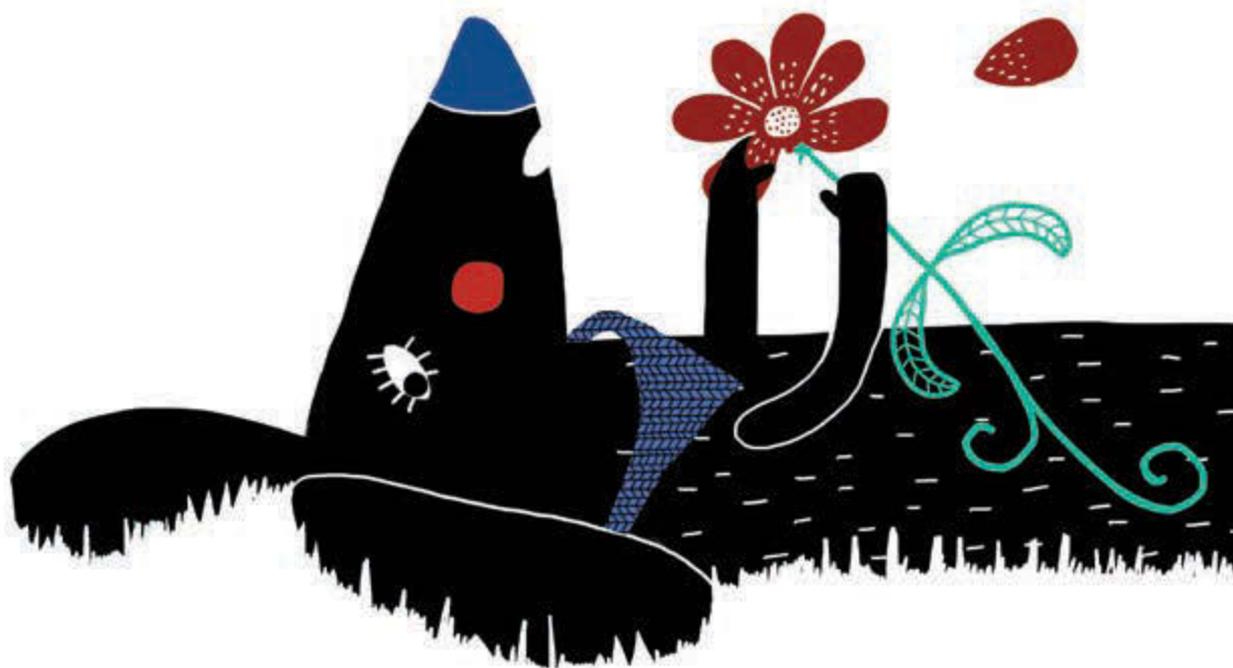
Fue cosas de segundos, como dije.

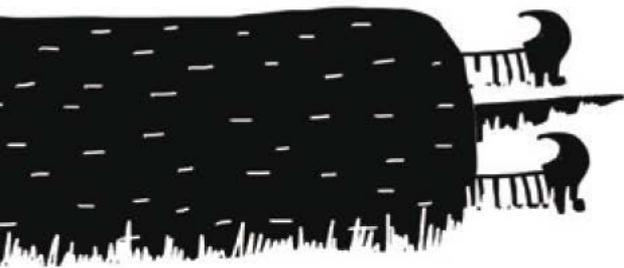
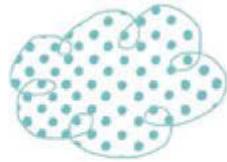
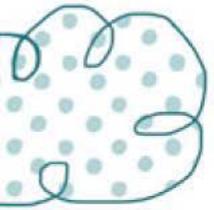
Sus pestañas se abrieron y cerraron en un movimiento acompasado.

Escuché música. Para que sepan, los perros también nos ponemos cursis, así es que escuché una melodía que era como el sonido tranquilo del viento de la tarde, y ella: pestañeó y pestañeó. Mareado, caminé en puntillas como si mi cuerpo fuera de plumas, y ella: pestañeó y pestañeó. La música seguía sintiéndose entre los dos cuando llegué a su lado, y ella: pestañeó y pestañeó. Mi hocico alcanzó a rozar el suyo, pero entonces el tiempo se aceleró: como una karateca, corrió su cara, su cuerpo y mostró sus caninos.



Guan!





Lo que siguió fue una crónica del desastre. Dio media vuelta y corrió desalada (¡qué chica más veloz!), llegó a la terraza y de un salto se instaló en la falda de su ama. Intenté imitarla, incluso alcancé a doblar mis piernas para el rechazo, me elevé por los aires. ¡Paf! La señora me atajó de un solo manotazo. Caí al suelo, literalmente, a sus pies.

Humillación, vergüenza y esa fiebre llamada amor que me nubló la vista.

Lloré. Sí, duele confesarlo, pero lloré a los pies de su ama con sus pestañas en mi retina. La muy ingrata corrió la vista. Hubiese jurado que era sorda de no ser porque atendía cualquier cosa que dijera la señora. A mí, en cambio, solo los caninos. Entre tanto, los Rojas se pusieron trajes de bañoy chapoteaban en medio del estanque. Los escuché llamarme, y en otro momento, hubiese corrido hacia ellos sin dudarlo, pero estaba enfermo, preso de una agitación que desconocía. Quise decirle, confesarle mis sentimientos, así es que volví a intentar el salto. Pero esta vez la señora me dio una patada. Lo normal hubiese sido retirarme, hacerme de rogar. Y sin embargo. Lloriqueé como un niño a los pies de la antipática que me separaba de mi amada.

En algún momento se acercaron sus hermanas. Era la novedad, digo, el perro recién llegado y sus hermanas comprendieron lo que ella se negaba a aceptar: teníamos que conocernos. Nos olisqueamos tal como lo exigen nuestras reglas. Incluso, una de ellas me invitó a jugar. ¡Había tanto que ver! Estuve a punto de correr, de dejarla atrás, cuando la insufrible llegó a nuestro lado. Pensé que el corazón se me escapaba por el hocico. Que quizás.

Me equivoqué.

Cuando intenté olfatearla, me tiró un tarascón. Por suerte soy ágil, un perro muy atlético, y logré esquivarlo sin salir malherido.

—¡Guau! —alegué.



Pero ella, protegida por sus hermanas se alejó en dirección a la parrilla. Me dejaron solo. Fueron unos segundos de silencio, tal vez, la oportunidad que me brindaba el día para recuperar la calma, pero el amor es ciego y sordo. Sobre todo eso. La seguí. La música sonaba como viento agitado en el techo. Un viento que me golpeaba la cara. No quise escuchar. Intenté acercarme y nuevamente esquivé un tarascón.

—Grrr, ¿por qué? —pregunté, pero ella me miró con esos ojos suyos e inclinó sus pestañas.

Awww.

No dijo nada.

Un señor con sombrero de paja repartió unos huesos entre los perros que estábamos ahí. Miré mi porción apetitosa y humeante. Me sonaron las tripas y se me humedeció el hocico. Pero. Quería una explicación. Tomé el hueso entre mis caninos y me fui hacia ella, la miré a los ojos, ella gruñó como gata con su lomo engrifado. Sin reclamar, coloqué el manjar a sus pies. Por un segundo algo en su mirada se suavizó, o eso creí.

La tarde transcurrió entre mis lloriqueos y sus gruñidos. Así es que cuando los Rojas me subieron al auto y me instalé en la ventana para verla por última vez, pensé que jamás olvidaría aquel momento ínfimo en que me miró sin gruñir. Mucho más tarde, ya en mi casa, pensé que quizás ese primer encuentro no fue el principio ni el final, sino un paréntesis y que nuestra historia en otro tiempo se escribiría de otra manera...

❖ ❖ ❖

Una verdadera maravilla

ESCRITO POR CECILIA BEUCHAT

ILUSTRADO POR MAYA HANISCH



Ese año la primavera había llegado más hermosa que nunca, y los árboles, los prados y los jardines se cubrieron rápidamente de flores.

Eso le gustó mucho a los geniecillos, que ya estaban un tanto aburridos de la lluvia y del frío. Atrás quedaron los días oscuros del invierno, y se dispusieron a realizar sus tareas de todos los años: avisar a las abejas y a los pájaros que ya era primavera, invitar a los abejorros, enviar mensajes por el aire a los colibríes, en fin, a todos aquellos que ayudarían a que las flores no se extinguieran.

En una planta de maravilla que crecía junto a un hermoso huerto, vivía la familia de genios Flor de Maravilla. Grande, inmenso, brillaba el disco floral, rodeado por una corona de amarillos pétalos.

La familia Flor de Maravilla estaba orgullosa de vivir allí, y no era para menos. La casa donde habitaban, es decir, la flor de la maravilla, tenía







toda una trayectoria: artistas famosos la habían pintado en sus cuadros. También el sol, viejo amigo de la familia, contaba que la maravilla era un símbolo importante entre los indios aztecas.

A los geniecillos les entretenía escuchar todo esto. Estaban orgullosos, porque las semillas que ellos ayudaban a formar cada año servían para alimentar a las aves y para que las vacas dieran más leche que nunca. Últimamente habían oído decir que los seres humanos las ocupaban para hacer unos aceites muy especiales.

Todos estaban contentos, menos Mara Villa, la geniecillo menor, que encontraba espantoso vivir en una flor como esa. Temía decir “común”, por miedo a que el papá geniecillo se enojara demasiado.

Cuando asistía a la escuela de las flores que una familia de chinitas había instalado cerca de allí, trataba que no se enteraran dónde vivía, y jamás invitaba a nadie, ni tampoco aceptaba la invitación que le hacían las otras genios.

Un día, el papá Genio Maravilloso terminó por perder la paciencia, al escuchar siempre las mismas quejas de su pequeña hija; que ojalá se fueran a vivir a otra flor, que había demasiado pétalo, y que la superficie un tanto áspera que formaban los estambres le rozaba sus delicadas alas. Ni qué decir del tallo largo y espinoso por el que tenía que bajar cada mañana para ir a la escuela.

—Está bien —dijo papá Maravilla—. Buscaremos otra flor. Quizás tengas razón. Tú misma me dirás cuál es la flor en la que quieres vivir.

La mamá Maravilla agregó:

—Quizás sea bueno. Nuestros antepasados siempre vivieron en maravillas. A lo mejor es hora de cambiar.

Así fue como la geniecillo, muy contenta, decidió aceptar las invitaciones que tantas veces había recibido.

Primero visitó a la geniecillo Botón de Rosa, que era tan simpática, y que por supuesto, vivía en un hermoso botón de rosa, todo pintado de rojo, tapizado con terciopelo floral muy fino. Mara Villa se quedó con la boca abierta, porque en verdad, el lugar era muy bello. Pero cuando quiso tocar el terciopelo de los pétalos, la mamá Botón de Rosa le advirtió:

—¡Cuidado! No lo vayas a estropear.



icuj
DAdo!



Pronto descubrió Mara Villa que no tenía mucha gracia vivir ahí; uno no se podía deslizar por los tallos, porque corría peligro de quedarse enganchada en las espinas, y papá Botón de Rosa ponía el grito en el cielo cuando las geniecillos querían jugar al pillarse y entreabrían los pétalos rojos.

—¡Cuidado! —gritaba, impaciente—. Se va a escapar el aroma.

La pequeña Botón de Rosa era feliz allí, pero Mara Villa decidió irse donde otra de sus amigas.

La elegida fue la genio Hortensia Azul, quien de inmediato la invitó por todo el fin de semana. Mara Villa quedó fascinada con las pequeñas flores que conformaban la residencia de su amiga. Sin embargo, hubo un problema. Cuando llegó la noche, y los Hortensia Azul se fueron a dormir, cada uno en una flor distinta, Mara Villa se sintió un poco sola.

Algunos días después, Mara Villa aceptó la invitación a tomar néctar que le hiciera Diente de León, una de las más inquietas de la escuela. Al llegar, creyó, por fin, haber encontrado la casa soñada, pero cambió de opinión cuando una ráfaga de viento arremetió contra la flor y todos tuvieron que abrir sus paracaídas para volar en búsqueda de otra flor.

—Siempre lo mismo —dijo la mamá Diente de León—. Menos mal que es solo en algunas épocas del año.

A la semana siguiente, Mara decidió ir donde su amiga Nomeolvides, que era muy calladita y algo tímida. La casa resultó ser muy hermosa, pero un tanto pequeña. Los genios Nomeolvides vivían bastante apretados y una familia numerosa como la que tenía ella no iba a caber en una flor como esa.

¡Qué difícil era encontrar algo adecuado! Todas las casas eran bellas, sus habitantes se veían contentos, sin embargo, la pequeña Mara Villa



siempre les encontraba un pero: las petunias eran muy pegajosas; los lirios se marchitaban pronto; en las azucenas, se resbalaba; las violetas eran muy oscuras, en fin, siempre había algún problema.

Su papá, algo preocupado por esta hija que salía todos los días, le preguntó qué había decidido. Mara Villa le contestó resignada:

—Creo que no hay más que hacer. Tendré que vivir aquí para siempre.

La mamá intervino, y dijo:

—Está bien, pero creo que es hora que tú invites a todas tus amigas. Han sido tan cariñosas contigo.

Mara Villa arriscó la nariz ¿Qué iban a pensar sus compañeras?

Mamá Maravilla insistió y se dedicó a preparar una rica sopa de néctar con polen. A Mara Villa no le quedó más que hacer lo que se le decía.

Las amigas aceptaron, encantadas, y esa tarde llegaron las geniecillos de visita.

Mara Villa casi se desmaya al ver a su papá dándoles la bienvenida y ayudándolas, en forma muy cortés, para que aterrizaran en la superficie floral.

—Es un tanto áspera —les advirtió la pequeña, con las mejillas intensamente amarillas, pero a ninguna de sus amigas le importó realmente.

Mamá sirvió la rica sopa y todas se la devoraron en un suspiro. Luego jugaron al pillarse y a la escondida.

—Esta casa es buena para jugar al escondite —exclamó Botón de Rosa, entusiasmada.



—Me encanta saltar de pétalo en pétalo —señaló Diente de León.

Y cuando ya creían que iba a oscurecer, sucedió lo que pasa todos los días: el papá Genio Maravilloso miró hacia arriba y lentamente la flor se dio vuelta hacia el sol.

—Podemos seguir jugando —exclamaron todas felices—. En verdad tu flor es una maravilla.

Las geniecillos se despidieron bastante tarde y, antes de irse a casa, le dieron las gracias a los Maravilla por un día tan entretenido.

—Invítanos más a menudo —le rogaron a Mara—. Aquí en tu casa se puede jugar hasta tarde y no hay el problema de que algo se dañe. Mara Villa estaba muy contenta, y, por fin, reconoció que vivir en una maravilla es, en verdad, ¡una maravilla!

Tres cuentos para leer uno a uno

ESCRITO POR ESTEBAN CABEZAS

ILUSTRADOR POR SOL DÍAZ



ADVERTENCIA

ESTOS CUENTOS SON PARA LEER UNO A UNO. NO SE RECOMIENDA LEER MÁS. UNA VEZ UN NIÑO NO HIZO CASO Y LEYÓ UN MONTÓN Y AL FINAL LAS LETRAS LE SALÍAN POR LAS OREJAS. ENTONCES, COMO TENÍA LOS OÍDOS TAPADOS, NO ESCUCHABA NADA CUANDO VEÍA MONITOS ANIMADOS EN LA TELE, Y ESO ES UNA TRAGEDIA. NO DIGAN QUE NO LES ADVERTÍ.

(AUNQUE IGUAL PUEDEN APRENDER A LEER LOS LABIOS. SIEMPRE ES ÚTIL, DIGO YO).





BLA' BLA'
BLA' BLA'

BLA'
BLA' BLA'

El jabón parlante

El científico Hans Fritz Chukrut era uno de los inventores más geniales del mundo mundial. Había inventado las espiroquetas taiwanesas, los multiformes demenciales y el hoyúsculo volátil (y también el agua en polvo), que eran inventos que nadie sabía para qué servían, pero que sonaban muy ingeniosos.

Hasta que un día se le ocurrió otra idea, una que lo haría famoso: el jabón parlante. Y llegó y lo hizo.

El problema fue que alguien lo usó para ducharse. Y el jabón, que no era muy educado, le dijo “Tienes un horrible olor a patas, parece que se te hubieran muerto”. Después a una señora muy elegante, que había comprado muy caro este invento, el jabón le comentó “Oiga, usted tiene manos de momia y uñas de lagarto”. Y qué decir del tenista famoso, al que le dijo: “Serás muy campeón, pero tienes un olor a ala que mataría a un zombi”.

El pobre Hans Fritz no sabía cómo hacer callar a su jabón. Y tampoco podía mandarlo al colegio para educarlo, porque si iba en un día con lluvia iba a terminar deshecho antes de aprender.

Entonces guardó su invento jabonoso y, por suerte, como era tan inventivo, se le ocurrió otro. El problema es que esta vez fue un papel confort parlante.

Y esta vez, Hans Fritz tuvo que arrancar muy lejos después que la gente lo usó.





La extinción del Flojosaurio



Si buscan en los museos, justo en la sección de los fósiles, nunca encontrarán alguna huella del desaparecido Flojosaurio. ¿Por qué? se preguntarán ustedes. Porque era un dinosaurio tan, pero tan, pero tan flojo que sus huesos no quisieron transformarse en fósiles, de puro flojos.

El investigador de este singular espécimen, el profesor Alf Eñique, ha descubierto que el Flojosario dejaba las toallas mojadas en la cueva después de bañarse. También que nunca se lavaba los dientes, y que por eso se le extinguieron los caninos y los molares y los colmillos antes de extinguirse el resto de él. El Flojosaurio tampoco ordenaba sus juguetes, andaba en calcetines y a veces se resbalaba y se caía (y así se extinguieron hartos de ellos), y tampoco se comía toda la comida. Solo le gustaba comer postresaurio y odiaba las ensaladas y las verduras. Por eso andaba flaco y con ganas de comer dulcesaurios.

Algunas mamás Flojosaurias se extinguieron de tanto pedirle a sus hijosaurios que fueran ordenados, limpios y que hicieran las tareas en vez de jugar fútbol pateando un coco contra los Velocirraptores, que siempre les ganaban (es que eran más rápidos).

Estos son los estudios del Flojosaurio del profesor Alf Eñique, al que las mamás del mundo le pagaron para que inventara esta mentira fósil y con tanta moraleja.





Las vacas que dan leche con sabor



Ustedes conocen esa canción de las vacas que dan leche con chocolate y leche condensada. Bueno, hay muchos científicos que han quedado traumatados desde niños intentando lograr esto, hasta que llegó Hans Fritz Chucrut para solucionar este problema.

“Solucionar”, esa era su idea.

El profesor Chucrut investigó el tema durante muchos años, mientras destacaba por otros inventos. Alimentó a una vaca solo con chocolate, pero no dio resultado y quedó súper acelerada la pobre. A otra le dio kilos de azúcar, pero solo le salieron caries. A otra la llenó de manjar hasta que se volvió vegetariana de puro odio al manjar.

“¿Será algo de la mente?” pensó el inventor.

Entonces pintó a una vaca de color frutilla, pero nada. Después pintó a una amarillo —por la vainilla, no por el plátano—, pero tampoco. Entonces subió a una vaca a un helicóptero, para ver si después daba leche batida. Pero no. La pobre vaca se mareó y nada más. La leche salió normalita y el pobre animal no pudo pararse durante dos días.

Fue entonces que las vacas se organizaron para protestar, porque estaban aburridas de los abusos del profesor.

Y desde ese día declararon una huelga y dieron pura leche en polvo.





Harry Houdini en el barrio

ESCRITO POR SERGIO GÓMEZ
ILUSTRADO POR FRAN MENESES



Cerca de mi casa vivía un ex mago, un ex ilusionista y escapista de fama mundial llamado Harry Houdini. El gran Houdini. Ahora estaba retirado, viviendo tal vez sus últimos años. Nadie sabía por qué llegó a vivir justamente a nuestro barrio; en realidad, poco o nada se sabía de él, solo los más viejos contaban de sus años activos como mago ilusionista, escapista de fama mundial. Para nosotros era el hombre viejo de la casa vieja en la mitad de la cuadra. Lo veíamos salir de esa casa, caminar con sombrero y bastón, sin hablar o mirar a nadie. Cuando los niños lo veíamos en la calle nos apartábamos con respeto. El único que se atrevía a hablarle —bueno, es solo una forma de decirlo— era Pausa, quien le ladraba. Pausa era el perro del barrio, no pertenecía a nadie y a todos a la vez. En esa época éramos muy amigos, éramos niños, y parecía que todos, excepto algunos, los menos, eran felices. Excepto mister Houdini, el escapista, que caminaba muy serio, como si fuera a un velorio.

Si mister Houdini nos llamó la atención fue por un hecho totalmente inesperado. Un lunes por la mañana, en uno de los bancos en el extremo



del barrio, tres hombres armados entraron a asaltarlo y llevarse el dinero. Para que los clientes del banco no molestaran mientras robaban, decidieron amarrarlos y encerrarlos. Entre ellos estaba el señor Houdini. Pero apenas los ladrones cerraron la puerta del banco y huyeron, Houdini, en dos rápidos movimientos, logró desamarrarse y ayudar a los demás. Llamaron a la policía y atraparon a los ladrones. La historia recorrió el barrio y muchos incrédulos que no sabían que el gran Harry Houdini estaba entre nosotros comenzaron a creer y a contar sobre sus hazañas del pasado en teatros de todo el mundo. Algunos, cuando se lo volvieron a encontrar en la calle, comenzaron a hacerle pequeñas reverencias o saludos, que el señor Houdini contestaba llevándose los dedos al sombrero.

Llegaron las vacaciones y como siempre los primos de la capital, y con ello las novedades. Los primos siempre parecían más informados que nosotros. Entre ellos, Dante era quien más leía. Cuando le contamos de Harry Houdini en el barrio, él meditó, se llevó las manos al mentón y nos contó algunas de las hazañas del escapista. En su mejor época Houdini tenía distintas pruebas. Se hacía colgar de cabeza a una altura de treinta metros desde una grúa, amarrado con cadenas y candados. Pero en menos de cinco minutos, todavía colgando de la grúa, lograba sacudirse y quitarse las amarras. Su principal número, uno que repitió cientos de veces en los teatros más importantes del mundo, consistía también en amarrarlo con cadenas, candados y sogas. Dos asistentes lo introducían adentro de un baúl, luego cerraban el baúl con un grueso candado. Su principal asistente, de nombre Bessie, que años después se transformó en su mujer, cerraba unas cortinas por delante, pero solo por algunos minutos o segundos. Volvían a abrir la cortina, pero la asistente no estaba, en su lugar aparecía saludando el mismo Houdini, como si nada, sin cadenas, sin amarres, sin sogas. Para comprobar que no existía un doble de Houdini —asunto que siempre se sospechó—, abrían entonces con una llave el candado del baúl, pero en su interior encontraban, amarrada con sogas y cadenas, a Bessie, su asistente.





Esos trucos de escapismo hicieron famoso a Harry Houdini.

Después de escuchar lo que Dante, nuestro primo, nos contó, nos quedamos impresionados, francamente impresionados por aquel viejito delgado que veíamos caminar por la cuadra.

Quisimos averiguar algo más y nos presentamos en su casa. Nos recibió la señora Nena, quien le cocinaba y le barría la casa. Nos dijo, sin muy buena cara, que estaba ocupado. Le insistimos que nos contara algo del gran Houdini. Ella dijo que no sabía nada del gran Houdini sino de don Harry, el que le parecía un hombre extremadamente común, que hablaba poco, más bien casi nada, y que usaba calcetines negros y camisas blancas todo el tiempo. Solo al final, desde la puerta de la casa en la mitad de la cuadra, nos contó algo curioso. Un día, cuando ambos llegaron de hacer compras, descubrieron que la llave de la casa se les

había quedado adentro. La señora Nena se lamentó y pidió disculpas. Míster Houdini le dijo que no se preocupara, y con dos movimientos abrió la puerta sin la llave.

Cada vez que Houdini aparecía por la vereda, los niños nos echábamos hacia atrás, era respeto mezclado con temor. No faltó entonces quien dijo que tenía un pacto secreto con el diablo, que si nos miraba fijamente a los ojos podía hechizarnos o algo así, por lo tanto nadie lo miraba. El único que se encargaba de él era Pausa, le ladraba y lo seguía toda la cuadra, hasta que se aburría, volvía contento y cansado, moviendo la cola para que aprobáramos su esfuerzo. Por supuesto, Pausa era incapaz de morder a míster Houdini o a cualquiera porque era un perro tranquilo, por eso le llamaban Pausa.

Como suele suceder, los rumores del señor Houdini se hicieron algo fantasiosos. No me consta, esto me lo contó Guille, el de los diarios, a él se lo contó la señora Aurora Palacio que es la que vende joyas y hace almuerzos. Pero quien realmente participó fue Pitica, la secretaria del contador, el señor Arena. Pitica contó que, como todos los días a la hora del almuerzo, bajó del edificio consistorial donde trabajaba el contador Arena, pensaba comer algo rápido porque tenía trabajo atrasado. El ascensor que bajaba del séptimo piso venía repleto de gente, entre ellos el señor Houdini, que, justamente, acababa de reunirse con el contador Arena para que le ayudara en un trámite con sus ahorros. Pitica también era del barrio, muy amiga de la señora Aurora, que luego le contó esto a Guille y de ahí lo supo todo el barrio. Mientras descendían, entre el piso cuarto y el quinto, el ascensor se detuvo y quedó completamente a oscuras. La gente que iba adentro comenzó a gritar de pánico. Algunos rezaban y pedían perdón por sus faltas y juraban que nunca más lo harían. Otros gritaban “mamá”, aunque tuvieran más de cincuenta años de edad. Otros gritaban groserías en contra de los administradores del edificio por el ascensor en malas condiciones. Quince minutos después la situación estaba un poco más calmada, y solo lloraba una señora gorda





GUAUUU
GUAUI!

GUA

GU

que prometió que no volvería a comer en exceso si se salvaba. Finalmente los bajaron. Cuando llegaron al primer piso y abrieron la puerta, además de ver luz, Pitica vio afuera del ascensor, un poco más allá, a míster Houdini, paseándose por la galería como si nada. Se acercó y le preguntó cómo lo había hecho si ella lo había visto adentro del ascensor, él sonrió, se llevó un dedo a su sombrero y con ese saludo se despidió.

Entonces ocurrió un hecho increíble, nada tuvo que ver con magia, escapes, o ilusionismos. Lo presenciamos todos y quedamos atónitos. Y otra vez participó el señor Houdini. Una mañana lo vimos salir de la casa con su sombrero, su ropa antigua y su bastón. Pausa se sintió obligado a ladrarle a cierta distancia, tal vez solo para no perder la costumbre y porque todos los niños estábamos mirando. En ese momento, desde una camioneta municipal bajaron tres hombres con un largo listón que en el extremo llevaba un alambre con el que atraparon por el cuello a Pausa. Le amarraron las patas con dos sogas de plástico. Y así quedó, hecho un ovillo, con cara de sorpresa y miedo por lo que vendría a continuación. Los municipales se reían, le decían que se lo llevarían a la perrera y con seguridad en una semana más le enterrarían una inyección para mandarlo al otro lado. Con “el otro lado” se referían a que hasta ahí no más llegaba Pausa. O para decirlo apoyándonos en su nombre: la pausa de Pausa sería para siempre.

Por supuesto, los niños del barrio corrimos a ayudar a nuestro perro, el que no tenía dueño, pero que en realidad no necesitaba tener ninguno. Pero se sabe que los niños nunca han ganado una discusión con municipales, así que no hubo modo de convencerlos de que lo liberaran. En ese momento vimos un bastón que detenía la mano del empleado municipal que recogía a Pausa. El bastón de Harry Houdini. El municipal se echó para atrás con miedo y explicó, casi temblando, que por decreto municipal todos los perros vagos debían llegar a la perrera, por órdenes del alcalde. El señor Houdini entonces dijo —y fue la primera vez que lo escuchamos hablar— que eso no era necesario, que por ahora Pausa no



iría a ningún lado sino a su casa, que en realidad era el barrio entero, y que él se sentiría muy mal si al día siguiente, cuando procediera a dar su paseo o a dirigirse a hacer trámites, no le ladrara el perro. Tampoco los municipales alcanzaron a replicar. El señor Houdini, como en sus mejores tiempos de artista del escapismo, movió los amarres que aprisionaban a Pausa y lo liberó con una rapidez asombrosa. Nuestro perro, con la cola entre las patas, se retiró sin dar las gracias, llorando como lo hacen los perros. Solo Guille, el de los diarios, más tarde consiguió calmarlo un poco regalándole parte del sancochado que preparaba para almorzar en su quiosco.

Los municipales se fueron furiosos diciendo que volverían. Desde ese día redoblamos el cuidado de Pausa. Por supuesto, en los días siguientes, cuando el perro veía salir de su casa a mister Houdini, volvía a ladrarle, pero ahora esos ladridos los interpretábamos no como de amenaza sino de agradecimiento. El señor Houdini, como si no se diera por enterado, seguía su camino moviendo su bastón y llevando dos dedos al ala de su sombrero como saludo.

Cuando acabó el verano los primos volvieron a la capital, contentos de las vacaciones, de las caminatas al cerro, de bañarnos en el río, de jugar fútbol en las cancha del Bajo, y, de lo que fue nuestra principal ocupación esa temporada: tratar de hacer los trucos que nos contaron del señor Houdini. Por supuesto, casi ninguno nos dio resultado. Incluso en una ocasión tuvimos que ir de emergencia a buscar al señor Estuardo, que era cerrajero y gásfiter, para que sacara de un baúl a Luisito, uno de nosotros, que llevaba dos horas sin poder salir probando un truco de escapismo nunca antes visto. Cuando por fin salió estaba empapado de traspiración. Si no es por un pequeño orificio en la parte superior del baúl se nos hubiera ahogado. El señor Estuardo y Guille, el del diario, nos advirtieron que si seguíamos tratando de imitar al señor Houdini podría ocurrirnos un accidente.

En otoño decidimos que no podíamos esperar más, debíamos hablar con Harry Houdini en su casita de madera en mitad de la cuadra. La señora Nena nos dijo que era difícil, remoto, casi imposible que él nos recibiera. Al parecer no quería hablar, no quería recordar sus viejos tiempos cuando era un famoso ilusionista. Cuando le preguntamos una razón, la señora Nena nos dio una respuesta misteriosa: “Don Houdini no quiere saber nada de ilusiones”.

La oportunidad de hablar con Houdini en el barrio llegó finalmente en el invierno de ese año, hace mucho tiempo ahora que lo pienso, casi como un sueño, bueno, como son todos los recuerdos, distantes, perdidos, lejanos.

Guille nos avisó. La verdad fue que Santis, el de la carnicería, le dijo a Yolanda García de la sastrería, quien le contó a don Ismael, el bombero, este corrió dos cuadras y casi sufre un ataque cardíaco antes de contarle a Guille, el del diario, quien nos contó a nosotros. Había llovido intensamente durante la noche, el río se desbordó y parte del barrio amaneció inundado. Los de la municipalidad aprovecharon la confusión, recorrieron calle a calle recogiendo a los perros vagos. Al final de la recogida la camioneta no logró salir del barrio porque el río cortó el paso por el único puente que unía al resto de la ciudad. Y allí estaba, lo comprobamos cuando vimos la camioneta detenida con su carrocería llena de perros vagos, incluido el Pausa. Teníamos que actuar con rapidez. Alguien sugirió asaltar la camioneta, pero los dos empleados en la cabina no parecían dispuestos a entregarnos a nuestro perro y al resto de los prófugos. Mientras tanto, llovía de una forma bestial. El río seguía poderoso y rugiente. Cuántas veces lo habíamos visto igual en invierno, violento y peligroso, tan distinto a cuando nos bañábamos en él durante el verano.

No sé si a mí se me ocurrió, de todas maneras la mayoría estuvo de acuerdo: el único que nos podría ayudar para salvar a Pausa era míster



Houdini, el mago, ilusionista, escapista, amigo lejano de Pausa. Si una vez se enfrentó a los municipales podría hacerlo de nuevo, pensamos. Yo fui el encargado de correr a la casa de la mitad de la cuadra para avisarle lo que ocurría. Esta vez no me recibió la señora Nena, tal vez porque ese día no le correspondía limpieza, sino el mismo Houdini, vestido de camisa y pantalones. Nunca antes lo habíamos visto así, sin su sombrero ni su bastón de punta extraña. Entonces, en medio de la lluvia, mojado, casi llorando, le conté lo que sucedía. Él pareció no entender y pensamos que nos cerraría la puerta. Movi6 la cabeza, suspir6 y sigui6 moviendo la cabeza y suspirando. Sin su traje, sin su sombrero, se notaba delgado y viejo. Entonces pregunt6:

—¿Por qu6 vienes adonde m6?

En ese momento no pens6 en la respuesta, le dije lo primero que se me ocurri6. Objetivamente fue una p6sima respuesta pero as6 me sali6:

—Porque usted es mago, don Houdini —eso le dije.

Ni siquiera tom6 su sombrero, tampoco su vest6n viejo, y menos el bast6n o las llaves de su casa, aunque esto 6ltimo poco importaba si pod6a abrir lo que quisiera. Caminamos los cinco ni6os, m6ster Houdini, Guille el de los diarios, la se6ora Aurora, el se6or Santis y el bombero Ismael, es decir, una buena cantidad de vecinos. Nos dirigimos al puente, donde los municipales esperaban que se abriera el paso.

En ese momento el r6o creci6 de pronto, arrastrando barro y piedras, y como si diera un mordisco a una torta de cumplea6os, derrib6 la defensa de tierra del camino que llegaba al puente. Entonces las dos ruedas traseras de la camioneta comenzaron a deslizarse hacia el r6o, muy lentamente. Los empleados en la cabina tuvieron tiempo para bajar. La camioneta se inclin6 y comenz6 a caer en c6mara lenta. Al principio

flotó como si fuera un barco. Giró y se movió hacia el centro del cauce. Entonces comenzó a hundirse.

Los que veíamos esa escena no lo podíamos creer. Escuchamos los ladridos desesperados de los perros en el interior de la camioneta. Eran ladridos de miedo por lo que ocurría. Algunos de los niños se cubrieron la cara, otros lloraban.

Entonces vimos al viejo Houdini correr por la orilla del río. Se quitó los zapatos. Estiró las manos al cielo como si fuera uno de sus actos de escapismo visto por miles de personas. Se echó aire a los pulmones. Realizó dos flexiones de rodillas. Y se arrojó al río. Un momento después lo vimos aparecer adelante de la camioneta, justo cuando se hundía completamente echando humo. Los ladridos de los perros desaparecieron de pronto. También Houdini se sumergió. No quedó nada sobre la superficie del río. Pero solo fue un minuto o tal vez menos. Enseguida comenzamos a ver aparecer las cabezas de los perros, uno tras otro, hasta que apareció Pausa. Al final, cuando los vecinos comenzaron a lamentarse de que el mister se había ahogado, también apareció la cabeza de Houdini echando un chorro de agua.

Fue su último acto de escapismo, uno que nos impresionó y que nunca olvidamos en el barrio. Los municipales se paseaban sorprendidos diciendo que era imposible que abriera la carrocería de la camioneta porque solo ellos tenían la llave. Por supuesto, sabían muy poco de quién era Harry Houdini.

Una semana después mi mamá me entregó un frasco de mermelada que ella preparaba. Llegué a tocar la puerta en mitad de la cuadra. Me recibió la señora Nena, que me miró levantando las cejas. Le expliqué que venía a agradecerle en nombre de los demás, especialmente en nombre de Pausa, quien no podía hablar, por eso le traía un frasco de mermelada







casera. La señora Nena no me dejó decir nada más. Entró en silencio con el frasco en las manos mientras yo me quedé afuera. Un rato después regreso con el siguiente recado: “Don Houdini dice que gracias, y que le encanta la mermelada de albaricoques”.

En ese momento no supe qué más decirle a la señora Nena, hasta que ella me preguntó:

—¿Algo más?

Moví la cabeza y me di vuelta, entonces se me ocurrió lo que consideré una idea genial. Le dije a la señora Nena que en realidad lo único que deseaba era conocer algunos de los trucos o secretos del señor Houdini, que nada le costaba contármelos sobre todo ahora que él no los utilizaba. La señora Nena otra vez movió la cabeza y dijo:

—Espera.

Se demoró un poco más tiempo, pero regresó con la respuesta.

Entonces, a través de la señora Nena, conocí algunos de los trucos de Houdini, al menos dos o tres, los que ahora no le servían de nada porque estaba retirado de la profesión de mago, escapista, e ilusionista. Después de contármelo agregó algo más la señora Nena, más bien era un consejo que me enviaba el mister si es que yo pretendía convertirme en un mago, ilusionista o escapista, y este era que no podía revelar a nadie esos trucos, eso era una ley entre magos. Y es por eso que, aunque no me faltan las ganas de hacerlo, no puedo ahora decir nada al respecto.

Pocos años después de aquel invierno abandoné el barrio, y abandoné la ciudad de provincia donde nací. A mi papá lo trasladaron al norte a trabajar. En esa nueva ciudad rápidamente hice amigos, algunos incluso se transformaron en esos amigos de toda la vida. Crecí y me convertí

en adulto. Nunca abandoné la magia, y el ilusionismo lo practicaba en mis tiempos libres, cuando no estaba estudiando la profesión que finalmente elegí para ganarme la vida. Era, por así decirlo, y lo soy hasta hoy, un mago aficionado. A veces realizaba trucos a mis hijos y a sus amigos, también algunos de escapismo, pero no demasiado de estos últimos porque en esa área nunca fui muy bueno.

Y un día regresé a mi antigua ciudad, después de muchos años de ingratitud. El río seguía desbordándose en invierno en el barrio, y en verano, en cambio, era sosegado y amistoso.

El barrio cambió completamente. No encontré a ninguno de mis antiguos amigos porque, como yo, también salieron de allí. Me enteré de algunos vecinos fallecidos. También Harry Houdini llevaba varios años muerto. Entonces se me ocurrió, antes de regresar adonde vivía, ir a visitar su tumba.

Me tomó un día averiguar en la administración del cementerio dónde estaba enterrado. Finalmente me llamaron por teléfono para confirmarlo.

En la entrada del cementerio me esperaba un viejo sepulturero, que me guió sin decir una palabra. Cuando llegamos al lugar solo encontramos un gran hoyo abierto y nada adentro. Traté de hablar pero no me salió la voz. El sepulturero entonces dijo:

—Lo ves, ya se escapó otra vez don Houdini.

Después de un rato que no paraba de reír, el sepulturero me dijo que solo bromeaba, estaban cambiando de lugar esa tumba y otras del sector. Al parecer el río socava en esa parte del cementerio y tenían miedo de que las tumbas se las llevaran las aguas. No era la primera vez. Cada vez que lo hacían coincidían con que alguien preguntaba por Houdini, entonces el sepulturero disfrutaba con la misma broma.



Cuando estuve frente a la nueva tumba del señor Houdini, me pasé un buen rato sin decir nada, pensando en otras cosas, problemas y desafíos futuros. Finalmente me levanté y le dejé unas flores. Antes de irme me acerqué a la lápida, entonces le susurré bajito que había cumplido mi promesa, que nunca revelé sus secretos, y que tampoco pensaba hacerlo ahora que escribía sobre él, el Gran Houdini.

* * *

El vendedor de lluvias

ESCRITO POR HÉCTOR HIDALGO

ILUSTRADO POR HERNÁN KIRSTEN



La tienda se encontraba al fondo de una calle serpenteante escondida y sin salida ubicada en la zona vieja de la ciudad. Era uno de esos lugares que sin buscarse se encuentran y cuando aparecen, así, tan inesperadamente, se adueñan de la situación como si siempre hubieran estado entre nuestras preocupaciones.

En la vitrina había una gruesa pátina de polvo color ladrillo molido que también se pegaba en los frascos que exhibían una curiosa mercancía, y para qué decir al interior de la tienda; parecía que por allí había pasado una tormenta de arena como esas fabulosas del desierto del Sahara.

Antes de entrar me volví a fijar en la frasquería de la vitrina: ¿Qué podría significar esa extraña cantidad de frascos cubiertos con polvo viejo? ¿Por qué tenían esas etiquetitas escritas a mano y en su interior, brumas azules, verdes, amarillas, rojas? ¿Por qué esas brumas se desplazaban como si lo hicieran de acuerdo a la acción de minúsculos vientos invisibles? Los frascos estaban llenos y sellados, a excepción de







uno que se encontraba abierto y con su tapa en el piso de la vitrina. Muy cerca del frasco vacío había un letrero donde se podía leer: “Vendo todo tipo de lluvias”.

En el interior de la tienda vi a un anciano sonriente, envuelto en un largo abrigo oscuro y con una bufanda enrollada hasta las orejas.

—¿Es verdad que vende lluvias? —dije como saludo, incrédulo. Pero también pensando en mi pueblo que sufría una sequía de meses.

—Lo estaba esperando. Como ya es tarde, después de atenderlo a usted, cerraré. ¿Cuánta lluvia necesita? Dígamelo de una vez, que para eso se requiere hacer un trabajo muy especial.

El cielo estaba arrebolado, con los tintes rojizos propios del atardecer y se apreciaba prácticamente despejado, como hacía tanto tiempo en todos estos lugares y también en mi pueblo. “¿Esperando?”, pensé. “¿De dónde, si ni siquiera tenía la intención de llegar a este callejón sin salida?” Pero como creo en los momentos mágicos, en esos instantes que surgen inesperadamente y que generan territorios nuevos por explorar, le respondí como si estuviera diciendo la cosa más natural del mundo:

—Necesito suficiente lluvia como para apagar la sed de mi pueblo, de los animales, de las plantas, en fin, de la gente...

—Sí. Ya lo sé. Todos andan en lo mismo. No se imagina cuánto trabajo he tenido últimamente.

El anciano se desprendió del abrigo y de la bufanda ¡y me pareció tan delgado y con tantos años auestas! Enseguida se restregó los dedos e hizo un gesto como si hubiera pronunciado: “¡Manos a la obra!”

Yo abrí tamaños ojos cuando vi que tomó una gran caja y abriendo la puerta interior de la vitrina que daba a la calle, comenzó a tomar algunos





de los frascos que allí se exhibían, mientras murmuraba entre dientes, como esas personas que están acostumbradas a vivir en soledad y hablan solas:

—Hum, lluvia intensa, restablecedora, recuperadora, ¡revitalizadora! Para ello tomaré este frasco que tiene una buena porción de nimbus. A propósito, ¿sabe qué significa nimbus?

—Ni idea —le dije un poco avergonzado de mi ignorancia.

—No hay problema. Nimbus en latín significa nube de precipitación. Se entiende, entonces, que le eche un frasco concentrado de nimbus, ¿verdad? Pero no solo eso necesita.

En la vitrina había tantos frascos recubiertos con ese polvo amarillento y también el que estaba vacío que antes me había llamado la atención. Entonces, no resistí en avisarle al anciano, con la intención de advertirle que tal vez se le hubiera escapado alguno de sus vapores. Pero él con una sonrisa socarrona me dijo:

—Tranquilo, que allí duermo yo.

Después siguió seleccionando frascos y mientras lo hacía iba remarcando sus actos como si estuviera dictando la receta más sabrosa y exclusiva.

—También necesitará estratonimbus y aire caliente para formar cumulonimbus, con ello tendrá la tormenta más hermosa, con truenos y relámpagos por añadidura, y este frasco con mucho viento norte, este otro con algo de sur y unos cuantos más con vientos cordilleranos que saben de historias de nieves, glaciares y del juguetón granizo y, además, este otro, con un poco del cálido viento puelche que siempre avisa la llegada de la lluvia.

—¿Y qué más?



Mi pregunta debió haberle sonado tan estúpida, pero quise asegurarme; es que estaba tan entusiasmado con todo eso de los vientos y las nubes. El anciano sonrió mientras echaba los frascos en la caja y me pasaba la boleta de pago.

—¿Qué más? —repitió mi tonta pregunta—, un paraguas, pues lo necesitará muy pronto. Ah, se me olvidaba. Destape los frascos en el cerro más alto de su pueblo y después... a esperar los resultados.

Cuando en el cielo ya aparecían las primeras estrellas, salí de la tienda cargando una enorme caja. Tenía que apresurarme para tomar el último bus que me llevaría a mi pueblo. Mientras, sentía en mi pecho un arrobamiento como los que experimenté siendo niño, cuando apresuré el sueño para despertar con la Navidad a la mañana siguiente, o cuando me instalé en el tren que me llevaría por primera vez a ver el mar, o cuando llegó mi padre con una canasta repleta con frutas, y, además, todos esos otros “cuandos” que guardaba en mi alma como el mejor de los tesoros.

De pronto, no sé por qué se me ocurrió mirar hacia la tienda y juraría que un vapor azulino se metía en el frasco vacío, ese que estaba olvidado en un rincón de la vitrina, muy cerca de donde se encontraba el letrero que anunciaba la venta de lluvias.

Las cosas raras

ESCRITO POR ANDREA MATURANA

ILUSTRADO POR ISABEL HOJAS



Ese día lunes, Ati se despertó algo extraña. Al menos para los demás. Para ella había una misión urgente que cumplir. Antes de que el despertador sonara se sentó en la cama, entre dormida y despierta, como poseída por una idea escalofriante:

¿Tendrán memoria los objetos?

Algo o alguien en su sueño, o quizás entre sus sueños, le había soplado la pregunta, y la idea la atraía tanto como la aterraba.

Cuando su papá entró a despertarla, dispuesto a entonar silbando alguna melodía, como siempre, Ati ya estaba así, sentada en la cama con los ojos como platos. Se veía tan pálida que a su papá alcanzó a darle susto.

—¿Estás bien? —atinó a preguntarle.









—Bien, bien —contestó ella, pero no logró sonreír, aunque lo intentó bastante.

—Okey —le dijo inseguro su papá—, en quince minutos te esperamos para desayunar.

“Quince minutos”, pensó Ati, “tengo solo quince minutos”.

Si bien tenía todo el día para llevar a cabo su plan, la mañana era una parte muy importante, porque si los objetos de verdad tenían memoria, pensaba, serían justamente los objetos de su casa los que más la “conocerían”.

Decidió que lo mejor sería intentar engañarlos y, a la vez, estar increíblemente atenta a sus reacciones, para ver si hacían algo que indicara su desconcierto.

Todo esto mientras se sacaba las lagañas, se tropezaba con los muebles de su pieza buscando su ropa y echaba cualquier cosa dentro de su

mochila para el colegio, porque sabía que el tiempo era limitado y tenía que actuar rápido.

A poco andar se dio cuenta de que, por apurona, había perdido la batalla con los objetos de su propia pieza, que eran los más familiares. Pero ni modo, ya la habían visto despertarse, así que la batalla estaba perdida de antemano.

Después de vestirse (con la polera del uniforme de atrás para delante), decidió que lo mejor sería sacar de su cajón de disfraces el sombrero más raro que tenía y una nariz con bigote, anteojos y supercejas. El uniforme también había que esconderlo, así que se puso encima una túnica que alguna vez había usado para disfrazarse de uno de los reyes magos. Estaba segura de que así nadie podría reconocerla.

Se asomó al pasillo para comprobar si estaba limpia la salida y corrió al baño. Su primer candidato era, por supuesto, el espejo.

Entró al baño como si nada, pero detrás de esos hermosos anteojos de plástico, sus ojos captaban cada detalle, cada pequeño movimiento. Se puso frente al espejo atenta a cualquier arruguita, a cualquier tufo espejístico que pudiera delatar la sorpresa del antiguo espejo que siempre había estado allí.

Pero nada.

Ahí quedó el espejo, quieto y callado.

No se dio por vencida. Siguió arreglándose las megacejas como si nada. Quizás los objetos eran más lentos.

Después de intentarlo un buen rato, se rindió y bajó a tomar desayuno.

¿O quizás algunos eran muuuy inteligentes?



Los que claramente sí tenían memoria eran sus padres, su hermano guagua y su gato, que manifestaron su impresión de modos distintos pero todos perceptibles. La guagua hizo un puchero históricamente único y se largó a llorar, el gato huyó con los pelos del lomo erizados y emitiendo todo tipo de sonidos y sus padres se quedaron mirándola con los ojos tan abiertos como los de ella misma al despertar. Eso fue por un segundo. Al poco rato, a su mamá le vino un ataque de risa masivo. Su papá intentó mantener el orden.

—Ati, hoy estás un poco rara —le dijo—. En veinte minutos te pasa a buscar el transporte escolar, y sospecho que no te van a dejar entrar así al colegio.

—Mfff —gruñó Ati.

No quería que nada la distrajera, aunque estaba difícil entre los ruidos del gato, el llanto de la guagua y la risa de la mamá.

Se sentó a propósito en una silla que no era la que usaba siempre, pero no sintió ningún movimiento especial, ningún acomodo que delatara que la silla no entendía lo que pasaba. Tomó su cuchara y se la puso delante hasta encontrar su propio reflejo (de verdad se veía muuuy fea con bigotes, anteojos plásticos y cejas de señor, más encima deformada por la cuchara), pero la cuchara ni se dobló, ni se opacó... Claro que no pudo saber si hizo algún ruido, porque la guagua seguía llorando.

Cuando sonó el timbre, Ati ni siquiera había alcanzado a terminar su desayuno. Corrió a su pieza tragándose el cereal, se sacó el disfraz y el sombrero tan rápido que quedó más despeinada que nunca, se puso la mochila llena de cosas que no necesitaba y corrió a la puerta.

El resto del día no logró concentrarse nunca en su plan de distraer a los objetos porque todo lo que escuchó fue “¡Ati!”, “¡Ati!”, “¿Qué es ese

peinado?” “¿Qué te pasa?”, “Por favor pon atención”, “Date vuelta la polera”, “Ese no es tu banco”, “Esa no es tu percha”, “Ese no es el libro que tenías que traer”, “A la inspección”, “Fuera de la sala”.

No me dejan desarrollar mi espíritu científico, pensó ella, cuando la sacaron de la sala y tuvo que encontrar una banca donde sentarse. Pero aun así como estaba, algo triste y frustrada, decidió no sentarse en el banco acostumbrado, sino en la vieja banca de piedra en que se sentaba siempre Lucas, su compañero que todo el día comía semillas de maravilla y andaba dejando un rastro de cáscaras tras él. Ahí estaban, de hecho, las cáscaras de Lucas.

En el patio no había nadie.

Todo estaba en silencio, salvo por los pajaritos que cantaban y los autos que pasaban a lo lejos.

Se sentó en el banco y suspiró.

Y entonces, muy despacito, le pareció que el banco también suspiró, un suspiro como de roca antigua, imperceptible al oído humano, una especie de latido de un corazón que late una vez cada cien años.

Se quedó helada sobre la banca. Inmóvil.

Suspiró de nuevo.

Nada.

Entonces pensó que probablemente lo había inventado.

Llegó a la casa cansada y sobre todo desanimada, y los intentos que hizo por sorprender a los objetos ya no fueron con tantas ganas. Hizo las tareas en el escritorio de su mamá en el vez del suyo, tiró el papel higiénico en







el basurero en vez de en el wáter, se lavó los dientes sin pasta, comió en el plato de la guagua, no miró tele, leyó (nunca leía) sentada en el suelo del pasillo.

Pero nada.

Cuando se fue a dormir, ya tenía claro que había sido un sueño, y que afortunadamente los objetos no tenían memoria. Aunque algo en ella habría preferido que sí la tuvieran. Los únicos que la miraban raro eran sus papás y el gato. La guagua estaba dormida.

Decidió, como último intento, dejar la luz encendida durante la noche. Y trató de olvidar ese pequeño suspiro, el de la banca de piedra del colegio.

Finalmente lo logró.

Después se durmió muy rápido. Estaba agotada.

Pero hubo quienes no pudieron dormir, y fueron justamente los objetos.

La polera, porque estaba muy mareada (como si hubiera tenido un día al revés).

Y los demás se quedaron toda la noche despiertos en busca de un solo pensamiento.

La verdad es que sí son lentos.

Cuando llegó la mañana, solo algunos habían alcanzado a completarlo:

Qué día tan raro.

La noche del tatú

(Mito *cashinahua* de la selva peruana)

ESCRITO POR ALICIA MOREL

ILUSTRADO POR LORETO SALINAS



Los indios tejieron tupidos techos de paja y bajo ellos colgaron las hamacas. Pero no pudieron dormir. El Padre Primero no había creado aún la noche. El sol alumbraba todo el tiempo. El brillo y el calor caían sobre las criaturas sin descanso. No había amanecer ni anochecer, solamente mediodía. Cazar y pescar era la ocupación de los hombres. Cocinar y cuidar a los niños, el trabajo de las mujeres.

Los indios se quejaban:

—Nunca podemos sentarnos a fumar junto al fuego, antes de dormir.

Las mujeres reclamaban:

—Tenemos que cocinar sin descanso. Como no hay noche, los hombres tienen hambre a cada rato.







Un día, Niva, la mamá de Cochopil, descubrió que el ratón tenía una pequeña noche en su cueva junto a la cocina.

—El ratón tiene noche, y nosotros no —contó al pequeño Cochopil.

El niño sintió curiosidad y se tendió en el suelo a mirar la noche del ratón.

El animalito robaba algún pedazo de carne o se comía una cucaracha y corría a esconderse en su cueva. Se ponía a dormir envuelto en su cola.

—¡Qué buena es la noche del ratón! —dijo Cochopil a su padre, el jefe Nahua.

—¿La noche del ratón? ¿Dónde la viste? —preguntó Nahua, sobresaltado.

—Allá, cerca del fogón donde cocina mamá —contestó el niño.

—¡El ratón tiene noche y nosotros no!

—Mi mamá dijo lo mismo —observó el chiquillo.

—Ya que tú conoces donde guarda su noche el ratón, ¿por qué no se la pides prestada?

—Lo intentaré —contestó Cochopil, entusiasmado.

Cuando su madre le dio una de las numerosas comidas del día, guardó los pedacitos de carne más sabrosos. Mientras sus padres dormían una corta siesta en las hamacas, Cochopil se acercó a la cueva del ratón.

Con gran cuidado, para no asustarlo, puso delante de la entrada los trozos de carne. Apenas el ratón asomó su hocico puntiagudo, el niño le dijo con suave voz:

—Si me prestas tu noche, te traeré más carne.

Al ratón le brillaron los negros ojillos y aceptó.

Luego de roer los trozos de carne, salió de sus ojos y de sus orejas un aire negro; subió al cielo y empezó a cubrir rápidamente la luz del sol. Y el sol, huyendo de la noche del ratón, bajó por el cielo y se escondió bajo el horizonte.

Y fue la primera noche.

Los indios vieron caer la dulzura de la oscuridad y se alegraron. Corrieron a sus cabañas a encender una buena fogata para sentarse a fumar y conversar. Luego se tendieron en las hamacas y sintieron que las sombras eran como otro párpado sobre sus ojos.

Pero ¡qué poco les duró el descanso! Casi de inmediato empezó a amanecer y el cielo no tardó en llenarse de una luz fuerte que les quitó las ganas de dormir.

—La noche del ratón es muy corta —alegó Nahua.

—Hay que conseguirse una noche que dure varias horas para dormir a gusto —dijo Ruma, uno de los cazadores.

En medio de la selva encontraron al tapir comiendo hojas tiernas.

—Te perdonamos la vida si nos prestas tu noche —dijeron los cazadores.

El tapir no quería morir todavía y prestó a los indios su noche.

De su cuerpo grande y gordo, de sus orejas y de su corta trompa, empezó a salir una noche espesa que cubrió rápidamente el cielo.

El sol se puso casi de inmediato y fue la segunda noche.





Los indios corrieron felices a sus aldeas de paja. Por el camino, vieron las estrellas por primera vez y se llenaron de admiración y cierto temor.

—La noche es una gruta llena de ojos —dijo Ruma.

—Sí, de ojos de tigre —añadió Nahua.

Encendieron sus fogatas, fumaron y conversaron hasta que les dio sueño. Luego todos, hombres, mujeres y niños se tendieron en sus hamacas sintiendo la pesada noche del tapir sobre sus párpados.

Durmieron y durmieron durante horas y horas.

Y soñaron mil sueños desde el principio del mundo.

Después de mucho tiempo, amaneció lentamente.

Cuando los indios despertaron, vieron que las malezas y los matorrales del bosque habían cubierto sus sembrados y destruido sus aldeas. Las enredaderas habían trepado hasta sus hamacas y techos.

—La noche del tapir es demasiado larga —dijo Nahua.

—Tendremos que hacer todo de nuevo, las siembras y las casas —se quejó Ruma.

Y Niva lloró:

—Mi cocina desapareció bajo la maleza y no encuentro mis vasijas de cuero y paja.

La noche del tapir fue un desastre. Sin embargo, los indios no perdían la esperanza de encontrar una noche conveniente.



Después de limpiar su cocina y sus cacharros, Niva anunció:

—Cochipil, como niño, encontró una noche muy corta; los cazadores, como hombres, otra demasiado larga. Yo, mujer, buscaré la noche que conviene.

Y se fue por los montes hasta que encontró al tatú en su madriguera.

Dio unas palmadas para llamar la atención del animal, que no demoró en asomar su afilada cabecita. Parecía preguntar:

—¿Qué quieres, mujer, que vienes a molestarme en mi propia casa?

—Quiero que me prestes tu noche —rogó Niva.

El tatú guardó silencio, pensando, con expresión desconfiada.

—Te daré las mejores sobras de la comida —prometió la mujer.

Al oír lo de comida, el tatú despertó por completo.

—Te presto una sola noche —ofreció—, tienes que devolvérmela sin falta al amanecer.

La mujer aceptó feliz y regresó a su cabaña.

Del fondo de la madriguera del tatú salió lentamente su noche.

El sol bajó poco a poco. Los hombres tuvieron tiempo de terminar sus trabajos y las mujeres, de preparar una sabrosa comida, antes que oscureciera.

Y llegó la tercera noche.



En todas las aldeas encendieron fogatas y la gente conversó y fumó alegremente. Cuando brillaron todas las estrellas, se acostaron en sus hamacas. Y la dulzura de la noche les cerró los ojos.

Amaneció a las pocas horas, luego de un buen sueño. Los indios estuvieron de acuerdo en que la noche del tatú era la más conveniente.

Por eso, los hombres no quisieron devolvérsela nunca más. Y esta es la razón por la cual el tatú duerme durante el día y corretea sin descanso en la oscuridad, porque no tiene noche.

El niño más bueno del mundo y su gato Estropajo

ESCRITO POR MAURICIO PAREDES

ILUSTRADO POR FITO HOLLOWAY



Hola, me llamo Ignacio y he decidido ser el niño más bondadoso de todos. Que me entreguen un premio mundial por ser tan bueno. ¿Pero... qué hago?

¡Ya sé! Para comenzar, seré el mejor hijo del planeta.

Se me ocurre lavar el auto de mi papá, pero no tengo agua ni esponja.

¡Qué suerte que justo llegó a mi casa un tierno gatito! Como venía todo mojado, tuve la genial idea de usarlo a él. Así seré bondadoso con los animales también. Él quedará seco y el auto, impecable.

Te bautizo: ¡Estropajo!

Parece que él también quiere ayudarme a ser bondadoso, porque con sus uñas hizo un montón de rayas artísticas sobre la pintura.







Lo único malo es que Estropajo no quedó totalmente seco, pero... ¡Tengo la solución! Yo no sé manejar, pero sí sé hacer partir el auto. Con la calefacción a máxima potencia podré secarlo, aunque parece que mi gato artista prefiere seguir expresando su creatividad, porque está rasguñando todos los asientos mientras vuela dentro del auto.

Lo malo ahora es que los chorros de pipí que lanza son muy hediondos, así que abrí todas las ventanas.

¡Oh no! Estropajo salta y se mete debajo del motor. Yo quiero que se seque, pero no que se queme. Por suerte la bocina suena muy fuerte.

Cuando al fin salió, caminaba muy mareado. ¡Y con razón! ¡Está todo el aire con humo, nos vamos a intoxicar!

Tengo que salvar nuestras vidas.



Puse a Estropajo como tapón en el tubo de escape, pero no alcancé a apagar el auto cuando el motor hizo explosión y el techo salió volando.

¡Mi papá va a estar tan contento! Su viejo cacharro transformado en un auto moderno y descapotable.

Todo perfecto, ahora, a descubrir hacia dónde salió disparado Estropajo y después tengo que hacer algo igual de bondadoso para mi mamá, pero ese es otro cuento.



La Caperucítala

ESCRITO POR PEPE PELAYO

ILUSTRADO POR MARGARITA VALDÉS



Érase una vez una niña llamada Caperucítala, a la cual se le han hecho cientos de versiones de su cuento. Sin embargo, ella no conocía ninguna porque odiaba leer.

Caperucítala era más linda que Miss Viejo Mundo 1795. Pero tenía un carácter muy fuerte, una habilidad fuera de lo común para los deportes, y por si fuera poco, era una experta en artes físico-culturistas y en artes marciales.

Un día la madre le pidió que fuera a casa de su abuelita que se encontraba enferma, y le llevara mermelada de plátano con chirimoya. Caperucítala se alegró mucho —de ir, no de tener a la abuelita enferma—, y abrigándose bien por el intenso frío que había, partió rauda.

La anciana vivía a dos cuadras de su casa. Pero la niña, para entretenerse un poco, tomó el camino más largo, pasando por un bosque que estaba a tres kilómetros. Corrió, corrió y corrió, hasta que se puso roja.



Una vez internada en el espeso bosque de eucaliptus, robles, pinos, ébanos, helechos gigantes, varios maceteros con plantas ornamentales y un bonsái, se le apareció un lobo grande, astuto y más malo que un troll, un ogro y un orco juntos. Venía vestido de traje azul marino y corbata roja, llevaba un portafolio negro en la mano y con cara de yo no fui. En fin, la típica imagen de un ejecutivo serio y supuestamente respetable.

—Buenas. ¿Cómo te llamas, niña?

—A ti no te importa —le respondió dulcemente Caperucítala.

—Mira, yo soy inspector de la Superintendencia de Bosques y Zanjas y estamos haciendo una encuesta. ¿Puedo hacerte unas preguntas?

—No.

—Pero, fíjate, podrás participar en un sorteo y ganarte una semana de vacaciones en un hotel de tiempo compartido...

—¡Córtala, Lobo! ¡Déjate de tonterías, que yo sé quién eres!

El animal se molestó, pero no le quedó más remedio que marcharse con el portafolio y el rabo entre las patas. Él quería darse un banquete con la niña, pero le parecía poca cantidad de comida. Estaba interesado en averiguar adónde se dirigía ella, y con quién se encontraría para aumentar el festín. Como no lo pudo saber en su primer intento, se le ocurrió seguirla y averiguarlo.

Para no levantar sospechas, primero se disfrazó de ciruelo. Así, caminaba a hurtadillas detrás de Caperucítala. Sin embargo, esta se dio cuenta y le apretó con fuerza la nariz, comentando en voz alta que aquella ciruela estaba verde aún.

Pero como el Lobo era más persistente y molesto que una mosca en la cara de un animador de televisión, continuó con sus enmascaramientos.



Se disfrazó de pingüino, de señal de tránsito. Más tarde de inodoro, pero siempre la niña —de una u otra manera— lo descubriría.

Cuando llegaron al final del camino, por detrás de la casa de la abuelita, Caperucítala se puso a recoger sandías silvestres, colocándolas en su canastita de mimbre.

Habría que ser muy estúpido para no darse cuenta adónde iba finalmente la niña, y como el Lobo no lo era, porque había hecho un diplomado, un magíster y un doctorado en una universidad muy prestigiosa, aprovechó el momento para entrar en la casa por la puerta trasera.

Rápidamente, adobó a la abuelita con sal, pimienta, mayonesa y cilantro, y de un tirón se comió completa a la pobre viejita, que se revolvió en el estómago del Lobo sin comprender lo sucedido. Enseguida, este se puso el camisón, el gorro de dormir y se metió en la cama.





↑
LOBO DISFRAZADO
DE CIRUELO





Cuando Caperucítala llegó a la habitación, se detuvo extrañada. “Sé que la abuelita no se baña hace como tres días por su enfermedad, pero ni así puede tener este mal olor. Creo que por aquí hay lobo encerrado”, pensó con viveza la niña. Al acercarse a la cama lo comprobó.

—¿No me vas a preguntar qué ojos más grandes yo tengo? —le dijo el animal.

—Me imagino que los tienes así porque te asustaste mucho al verme con este cuchillo en mi cesta.

—¿Y no te interesa saber por qué tengo una boca tan grande?

—¡Por favor, Lobo! ¡Esas cosas son para niños chicos! ¿A quién vas a engañar? —le respondió Caperucítala con un gesto de desdén.

El Lobo, enojado, no esperó más. Dando un salto, vociferó con furia:

—¡Caperucítala Rójula!

—¡Eres un Lóbulo! ¡Un animábulo Ferózulo! —le devolvió el grito la niña.

Entonces el Lobo trató de atrapar a la niña. Pero Caperucítala le colocó un palo dentro de la boca impidiéndole que la cerrara. Después le propinó varios golpes de karate en el tórax. Acto seguido saltó y caminó con agilidad por la pared y el techo, descendiendo por detrás del Lobo, mientras le lanzaba tres patadas, que hicieron caer al animal. Una vez en el piso, la niña le amarró las patas a la espalda. Entonces, con el cuchillo, le abrió el estómago y rescató a su abuelita.



Mientras la anciana se bañaba para quitarse de encima los jugos gástricos del Lobo, Caperucítala le cosió la herida al animal, no sin antes sacarle toda la piel del cuerpo.

—Ahora te vas de aquí y dentro de tres días pasa por la oficina de objetos extraviados del guardabosque, llena una planilla y recoge tu piel.

El Lobo huyó de allí, corriendo a toda velocidad. Corrió tan rápido, pero tan rápido, que si se hubiera puesto a darle vueltas a un árbol, fácilmente se hubiera podido morder él mismo su oreja por detrás.

Así, Caperucítala y su abuela, sus padres, hermanos y hasta un primo lejano, hijo de una tía segunda, casada con el guardabosque, fueron muy felices... Bueno, en realidad Caperucítala, así de momento, no fue tan feliz como los demás, porque a partir de lo sucedido, entrenó y desarrolló tanto su cuerpo, que se le engarrotaron todos los músculos. Entonces, obligada por el reposo, se preocupó por desarrollar más su mente. Leyó miles de libros, entre ellos las versiones que se le han hecho a su cuento, incluyendo esta, por supuesto.

Cuando creció, Caperucítala Roja se casó con un príncipe azul y tuvieron hijos violetas.

❖ ❖ ❖

Lily, el pequeño duende del Callejón de las Hormigas

ESCRITO POR MANUEL PEÑA MUÑOZ

ILUSTRADO POR ALEJANDRA ACOSTA



Todos los veranos, apenas descendían lentamente sobre los cerros de Valparaíso las lentas lluvias de ceniza de los incendios de eucaliptus, mi madre me llevaba en tren a pasar las vacaciones a la vieja casa de la tía Violeta, al interior de San Felipe. Allá al fondo del camino polvoriento, en medio de los cerros, mientras avanzábamos en el coche entoldado que conducía el cariñoso Pedro Maizani, se divisaba la casa de adobe, de un solo piso, con corredor, que estaba adosada a la pequeña iglesia de Lo Valdés.

Apenas descendíamos de la victoria, la tía Violeta salía a recibirnos, mientras Pedro Maizani bajaba el equipaje. Esa misma tarde, mi madre regresaba con ramos de flores a la estación en el mismo carruaje, mientras nosotros nos quedábamos conversando del campo y de los últimos bautizos, con las familias amigas. Orgullosa de llevar la casa parroquial, tía Violeta comentaba que el padre Solórzano aparecía el día domingo a decir misa y después regresaba otra vez a San Felipe, dejándola a ella a cargo de todo.



—Este año hemos tenido el doble de primeras comuniones que el año pasado... Han venido niños de todas las parcelas.

Al día siguiente, Pedro Maizani llegó de visita a almorzar diciendo que mi madre se había vuelto sin problemas en la Serpiente de Oro a Valparaíso.

—Rodolfo —me dijo Pedro Maizani con su voz un poco ronca—, esta tarde tengo que ir a ver un campo al Callejón de las Hormigas. ¿Quieres venir conmigo?

Miré como pidiendo permiso con la mirada a mi tía Violeta, que, a su vez, miró con aire nervioso a Pedro Maizani.

—No... Al Callejón de las Hormigas, no.

—¿Por qué no, tía Violeta? Sé montar perfectamente.

—Está bien. Pero regresen temprano. Los estaré esperando con mate con leche de cabra.

Montamos los caballos con Pedro Maizani y enfilamos por el valle del Aconcagua, dejando atrás la pequeña capilla rural y las casas dispersas en las praderas.

—Este es el Callejón de las Hormigas —dijo Pedro Maizani cuando empezamos a abrirnos paso entre las montañas sembradas de cactus y piedras filudas. Dicen que por aquí hay aparecidos. Cuentan incluso que en las noches de luna llena se aparece siempre una niña vestida de blanco, de ojos celestes y con cara de muñeca de porcelana. Dicen que se llama Lily.

—¿Lily? —pregunté sorprendido, mientras veía a mi alrededor cimbrarse las viejas pataguas.

—Sí. El viejo Anselmo, el de la Quebrada de las Cabras, fue el primero que la vio. Fue hace años, cuando era arriero. Cuenta que iba bajando a caballo, cuando vio una lucecita que bailaba bajo un ciruelo. Parecía una luciérnaga, pero de luz mucho más viva. Amarró el caballo y fue a ver, escondiéndose entre los matorrales. Lo que vio, lo dejó asombrado. Era una niñita hermosa, con ropaje antiguo y bucles dorados, que bailaba en puntas de pie, sin tocar el suelo, a la luz de la luna.

—¿Será cierto? —pregunté desconcertado.

—Si quieres, pregúntale tú mismo al viejo Anselmo. Vamos precisamente hacia allá.

Con los picachos nevados de la cordillera delante de nuestra vista, llegamos a la casa solitaria en medio de los boldos.

—Hay mucho que hablar, Pedro —dijo el viejo Anselmo con su voz de hombre cansado—. Tenemos que ir por los parronales.

Los dos hombres se fueron caminando por los campos sembrados, mientras yo me quedaba imaginándome que bajo esos mismos damascos imperiales, había bailado una vez el espíritu del duende Lily. ¿De dónde sería? ¿Y por qué bailaba precisamente allí, en ese estrecho Callejón de las Hormigas por donde el viento bajaba silbando?

—Don Anselmo —le dije cuando volvieron de los viñedos—, Pedro Maizani me contó que usted había visto una vez al duende Lily. ¿Es cierto?

Don Anselmo me miró al fondo de los ojos, como tratando de indagar si mi naturaleza estaba preparada para conocer una delicada verdad.

—Sí... Así es... Y sigo viendo todavía al pequeño duende Lily... Todas las noches de luna aparece bajo los árboles con su linda sonrisa. Incluso una noche en que yo estaba enfermo y no pude salir a la higuera, Lily entró





a la casa. Yo no sé cómo, puesto que la puerta estaba cerrada con tranca. Pero allí se puso a danzar delante de mí e incluso me llevó una bandeja de pasteles. Los duendes son buenos, querido Rodolfo, y solo se aparecen a las personas que tienen el corazón puro. No lo olvides.

—Y dígame, don Anselmo... ¿Le dijo algo el duende Lily? ¿Le habló alguna vez?

—Oh, sí... Incluso me dio su nombre completo. Se llama Lily Écija Castañeda... Era una niña que nació aquí, entre estas quebradas, en los tiempos de los indios picunches, cuando reinaba la cacica Maquehua... Claro que esta niña no era india sino hija de españoles... aunque su bisabuela era inglesa. Por eso le pusieron Lily.

—¡Rodolfo! ¡Rodolfo! ¡Tenemos que volver!

—Otro día que vuelvas, te contaré más acerca del duende de los campos de San Felipe... y te mostraré su cinta roja.

—¿Su cinta roja?

—Sí, cuando Lily estima que una persona es buena, cuando ve su corazón limpio, cuando hay un vínculo de amistad hermosa, entonces saca una de sus cintas rojas, de un color muy especial, y se la deja de recuerdo.

Asombrado con la historia, monté mi caballo y emprendimos el regreso con Pedro Maizani, bajando por el desfiladero y dejado atrás el misterioso Callejón de las Hormigas.

Cuando llegamos a la casa, noté que mi tía Violeta miró a los ojos a Pedro Maizani, como aguardando una respuesta. Él, en forma altiva y sin bajarse del caballo, le envió con aire cómplice una hermosa sonrisa.

Aquella noche, bajo las estrellas de Lo Valdés, traté de averiguar más acerca del duende Lily, pero tía Violeta estaba mirando cómo la torre de la iglesia se recortaba contra la luna llena...

Esa noche, no pude dormir tranquilo. En sueños veía aparecer el duende Lily con su vestido blanco y sus cintas rojas bailando en puntas de pie con las manos en alto, con movimientos gráciles y livianos, como si ejecutara los pasos de un invisible ballet.

De pronto, me desperté. ¿El duende Lily movía las cortinas del dormitorio? Afuera alguien se movía bajo las ramas de los manzanos. ¿Era el duende Lily? No. Era tía Violeta que caminaba entre los árboles, como si conversara con alguien.

Intranquilo, me quedé pensativo en la cama, hasta que volví a sentir los pasos de la tía Violeta otra vez en su dormitorio.

—No —me aseguró a la mañana siguiente—. Seguramente lo soñaste. No me levanté en toda la noche.

Pero yo no estaba tan seguro. Me parecía que me ocultaba algo... ¿Algo vinculado con el duende Lily?

Esa mañana, por distraerme, fui a la oficina parroquial donde se guardaban en vitrinas las partidas de bautismo. Eran libros pesados, de tapas de pergamino y hojas amarillentas escritas en tinta negra. Sí. Lo recordaba perfectamente. Lily Écija Castañeda. Allí podía encontrarse ese nombre y los otros datos de la niña duende.

Más de tres horas estuve buscando en silencio, hasta que por fin, sentí un palpito al descubrir la fecha exacta de su bautismo: “Lily Écija Castañeda, nacida en el Callejón de las Hormigas y bautizada en la iglesia de Lo Valdés, el 17 de mayo de 1587”.

Corriendo, con el libro en las manos, fui donde tía Violeta que se encontraba en la mecedora bordando manteles para el altar.

—Sí —me dijo cariñosamente—. Existe, pero no he querido darte más detalles... Me gusta tu compañía de niño observador y curioso, y temo que tu madre no te traiga más si sabe que te ando asustando con historias de duendes. Pero ya que veo ese brillo inconfundible en tu mirada, voy a contarte algo más acerca del duende Lily...

Tía Violeta miró con nostalgia al otro lado de los ventanales y prosiguió:

—Lily Écija Castañeda nació aquí en la época de los indios picunches, cuando por estas laderas se paseaba la princesa Orolonco. Fue en esos años cuando empezaron a venir las primeras familias españolas tras la huella de los lavaderos de oro. Muchos soldados castellanos se internaron buscando las vetas, pero no eran fáciles las rutas de oro en el estero Marga Marga. La familia Écija Castañeda decidió establecerse en el valle labrando la tierra. Francisco Écija y Teresa Castañeda tuvieron una sola hija a la que pusieron Lily en recuerdo de una antepasada que había nacido en la isla de Wight... La infanta fue feliz en el valle jugando con las otras niñas españolas o con las pequeñas indias, imitando el sonido del viento o alzando los brazos para imitar el vuelo del águila negra que sobrevuela por los picachos más altos del Callejón de las Hormigas. Un día, decidieron regresar sin haber encontrado nunca los minerales mágicos. Pero la dulce Lily, que no quería irse de aquí, siempre volvió en pensamiento a su paisaje amado, a sus cerezos silvestres y a los claros del bosque donde jugaba. Es por eso que Lily sigue aquí, porque Lily no se ha ido nunca. Y aunque vivió el resto de su vida en España, en un pueblo de Zamora llamado Famoselle y murió siendo una anciana muy querida, ella siguió aquí, en espíritu, con apariencia de niña. Porque Lily en realidad nunca se fue. Sigue estando con nosotros cuidando a los seres que creen en ella. Así es la naturaleza de los duendes... Por eso el viejo Anselmo se siente desamparado cuando Lily no se aparece bailando







sonriente sobre la copa de los avellanos... Otras veces dicen que se aparece jugando a la ronda con otras niñas duendes que se fueron a España con sus padres, pero que no deseaban regresar porque les gustaba este paisaje. Por eso volvieron acá, aun después de la muerte, porque quisieron que el cielo fuera para ellas, volver a jugar en el Callejón de las Hormigas.

—¿Y cómo sabes estas cosas, tía Violeta?

—Bueno... no sé... investigando como tú en archivos parroquiales...

Esa misma noche salí al bosquecillo de peumos para ver si Lily aparecía jugando con las niñas españolas o con las pequeñas indias picunches. Pero lo cierto es que no vi ni escuché nada.

—Los duendes nunca aparecen si los estamos buscando —dijo tía Violeta—. Aparecen o desaparecen cuando menos lo esperamos y siempre, siempre, dejan una pequeña cinta roja en señal de profundo afecto.

Días más tarde, mi madre acudió a Lo Valdés a buscarme para regresar a casa. Ahí dejaba una porción de mi infancia y un camino de tierra abierto hacia la cordillera con un relato que me hablaba al corazón.

—¡Sube, Rodolfo!

Miré por última vez y subí con mi madre al pequeño carruaje tirado por un caballo.

—Adiós, tía Violeta.

—Adiós, Rodolfo. Y prométeme. Nunca digas nada a nadie de los que has oído en el Callejón de las Hormigas.

Con mi madre nos fuimos en el automotor a Valparaíso, pero yo en vez de regresar feliz y sonriente, iba lleno de melancolía.

—¿Qué te pasa, Rodolfo? ¿No lo has pasado bien en tus vacaciones?

Cuando meses más tarde supe que tía Violeta había muerto, me llené de un profundo pesar. Pero cuando mi madre volvió otra vez de San Felipe, recordé aquellos acontecimientos de otra manera. Sí. Porque mi madre me traía un sobre que me había dejado tía Violeta.

Adentro, en un papel doblado en cruz, con impecable caligrafía de secretaria parroquial de Lo Valdés, había escrito simplemente: “Para mi querido sobrino Rodolfo, por creer en el duende Lily”. Y muy en el fondo, encontré doblada una cinta roja, muy antigua, de un color muy especial. De inmediato, recordé sus palabras de hada: “Desaparecen cuando menos lo esperábamos y siempre, siempre, dejan una cinta roja en señal de profundo afecto”.

Guardé la cinta y el sobre en el cajón de los secretos y no le dije nada a nadie...





EL GRAN PULPO LÓPEZ

HOY
21:00 H.

ESCUELA DE
LA CALETA

El Diablo y el boxeador

ESCRITO POR FLORIDOR PÉREZ

ILUSTRADO POR PATI AGUILERA



Cada vez que andan mal los negocios del infierno y sus clientes disminuyen, el Diablo parte en gira de propaganda por el mundo.

Disfrazado de simple mortal, recorre campos y ciudades, haciendo tentadoras ofertas de riqueza a quienes acepten venderle su alma.

Así llegó a una caleta de pescadores, donde yo solía veranear. El demonio hacía todo lo posible por ganarse el alma de un joven boxeador, que se iba convirtiendo en la atracción del lugar.

Durante el día, cada persona en la caleta cumplía sus propias tareas: los habitantes, trabajar como hormigas; los turistas, nadar como peces.

Pero al caer la tarde se terminaban las diferencias y de uno en uno, de pareja en pareja, compadres y comadres, todos se encaminaban a la escuela, donde había instalado un ring para el entrenamiento del Pulpo López.





Le llamaban así porque tiraba los puños con tal rapidez que, al término de un combate, su rival declaró: “Sentí como si me golpeará con muchos brazos”.

El Pulpo era el ídolo de la comarca y el Demonio pensó que conquistarlo le abriría las puertas de toda la región. Pero ni el joven le hacía el menor caso, ni el Malo se daba por vencido.

Camuflado entere el público, el Diablo observó sus zapatillas gastadas, su pantalón anticuado, su bata desteñida.

—Puedo darte mucho dinero —le dijo al pasar—. ¡Mucho!

—Yo necesito poco dinero y sé cómo ganarlo —respondió el joven, que trabajaba con su padre en faenas de buceo.

Leyendo los diarios regionales, que empezaban a llamarlo “la nueva esperanza del box chileno”, Satanás pensó vencer su resistencia despertando su ambición.

Como si fuera uno de esos fanáticos que subían al ring a pedirle un autógrafo, le acercó una libreta en la que había escrito:

—¡Puedo hacerte campeón!

Por toda respuesta, el joven simuló lanzarle un recto al mentón y el público aplaudió la broma. Eso le dio la endemoniada idea de atacar directamente al amor propio del Pulpo.

—¡Atencióón! —anunció al público— ¡Atencióón!

—Su campeóón... Dará hoy día una exhibicióón... Peleará un solo round coon... ¡Este humilde servidor...!



(Puso una mano en su pecho y se dobló en una aparatosa reverencia. Algunos rieron, otros aplaudieron.)

Si me gana —siguió diciendo— yo donaré veinte millones de pesos para su preparación. (Ya nadie rió. Todos aplaudieron.)

—Y si pierdes —dijo en voz baja al joven— te daré mucho más, mucho más. ¡Pero yo ganaré tu alma!

Ya antes habían llegado a la caleta varios empresarios a tentar al Pulpo López, pero al público le pareció que ésta era la mejor oferta y la recibió con entusiasmo. El joven se sentía comprometido con la esperanza de su gente y no pudo rechazarla.

—Una sola cosa pido —dijo el desconocido al párroco, al profesor y al sargento, que serían los jurados del combate.

—Lo escuchamos —dijo el sargento.

—Nos cambiaremos el calzado: él peleará con mis zapatos de paseo y yo con sus zapatos de trabajo.

El joven se apresuró a darle la mano en señal de acuerdo y, en secreto, envió a su hermano menor de ida y vuelta a casa.

El Diablo fue el primero en subir al ring, llevando en la mano sus zapatos, que pensaba cambiar ventajosamente por los del joven.

Tras él, subió el Pulpo, que tomó el calzado del desafiante y dejó en su lugar unos rarísimos zapatos de plomo, que Satanás no había visto en su vida.

—Son los zapatos de trabajo de su rival —le explicó amablemente el árbitro enseñándole a ponérselos.

Con dificultad, el Demonio lograba dar tres pasos seguidos con ellos, mientras el Pulpo se desplazaba ágilmente, avanzando y retrocediendo, girando en torno a su rival, sin golpearlo todavía, solo indicándole con los guantes el rostro, el estómago, las costillas a izquierda y derecha, todos los lugares donde podría golpearlo sin piedad, semianclado como estaba al piso por el peso de esos zapatos.

No llevaba un minuto sobre el ring, cuando el Demonio, alzando los brazos, se negó a continuar el combate. Llamó al árbitro y se acercó al jurado:

—¡Estas no son las condiciones pactadas! —alegó—. Yo pedí pelear con los “zapatos de trabajo” del boxeador, que son esos botines largos y livianos con que he visto entrenar a este jovencito cada día...

—Eso es verdad —le explicó amablemente el profesor—, pero usted está peleando con mi ex alumno Tato López, el mejor buzo de la caleta: ése es su trabajo y éstos son sus zapatos de buzo... Por ahora, el box es solo su afición...

—Aunque gracias a su generoso aporte —agregó ceremonioso el sargento— estoy seguro que pronto se convertirá también en su nueva profesión.

El único corresponsal de prensa que había en la caleta andaba ese día tierra adentro, visitando a un compadre, de modo que no quedó registro gráfico del más breve y famoso desafío de box que se vio en el vecindario.

Al faltar su entrevista, tampoco se supo el nombre de su curioso desafiante y los diarios regionales debieron hablar solo de “un benefactor desconocido”. En cuanto al Pulpo López, al que empezaban a llamar el buzo-boxeador, “se limitó a decir que no haría declaraciones”.

Y si él no hablaba, tampoco yo iba a andar contando la última conversación con su rival, que oí por pura casualidad:





¡Kulpo le amo!

¡Dale con tu

¡Bravo!

¡pegale!

¡Ne

¡Lentaculos!

¡Dale tiempo!

¡Quéalo!

¡Vamos!

¡Tú puedes!



—Si usted aún no me ha reconocido, jovencito —le dijo con falsa amabilidad Satanás—, llámeme a las doce en punto de esta noche y yo vendré encantado a probarle quién soy.

—No es necesario —respondió sonriente el Pulpo López.— ¡No olvide, caballero, que en mi trabajo estoy obligado a ver debajo del agua...!

El Patas de Hilo se fue echando chispas por los ojos.

❖ ❖ ❖

La ciudad junto al mar

ESCRITO POR ALBERTO ROJAS M.
ILUSTRADO POR JORGE QUIEN



Desde lo alto de las dunas, Kara observó algo que jamás había visto. A lo lejos, medio enterradas en la arena, se levantaban más de veinte enormes construcciones. Eran tan altas que parecían tocar el cielo. Sin duda, las ruinas más grandes que había visto.

Tras caminar casi una hora bajo el sol, lo primero que hizo fue cobijarse a la sombra de una de esas torres. Lentamente desenrolló el pañuelo que usaba para cubrir su cabeza y rostro, imprescindible para respirar en medio de las frecuentes tormentas de arena. Luego se quitó los antiguos lentes oscuros que usaba para proteger sus ojos. Entonces, con ambas manos sacudió su pelo negro y tras descansar un poco, bebió un solo sorbo de la penúltima cantimplora que llevaba. El agua estaba caliente, pero no le importó.

Kara intentó imaginar cómo habría sido esa ciudad antes de que se convirtiera en ruinas. Antes de los Tiempos Olvidados. En su familia siempre se hablaba de aquella época remota. O mejor dicho, repetían lo



que alguna vez había contado el padre de su abuela materna: un mundo en el que abundaban el agua y los alimentos, los hombres volaban en enormes máquinas (aunque ella realmente no lo creía posible) y casi todas las enfermedades tenían cura.

Pero un día el agua dejó de llegar a las grandes ciudades de ese tiempo. Las luces que brillaban en la noche se apagaron. La comida y las medicinas se empezaron a agotar. Y entonces, los clanes tomaron la decisión de abandonarlas para siempre, internándose en el Gran Desierto.

Durante su infancia, cada uno de esos relatos le había llenado la mente de imágenes imposibles y más de alguna vez soñó con ese mundo perdido para siempre. Pero ya no era una niña y a sus catorce años tenía una misión.

Cuando el pozo de la aldea se secó, todos supieron que era tiempo de volver a peregrinar por el desierto. Ella ya había vivido cinco peregrinajes y sabía que podían durar semanas o incluso meses. Y que no todos sobrevivirían.

Como era la costumbre, el líder del clan pidió cuatro voluntarios para buscar algún indicio, por pequeño que fuera, de hacia dónde debían ir para encontrar agua. Su abuelo fue el primero en ofrecerse. Los padres de Kara le dijeron que era una locura y que no duraría ni una jornada en pleno desierto. Pero él les aseguró que sabía dónde ir y que encontraría “La ciudad junto al mar”. Que él había leído sobre ella en los antiguos libros que conservaba el clan. Todos lo tomaron por un loco, pero Kara confiaba en la sabiduría de su abuelo, así que ella públicamente se ofreció a ir en su lugar. Sus padres se horrorizaron ante la idea y su abuelo fue el primero en suplicarle que desistiera. Pero Kara había manifestado su voluntad ante todo el clan. Y las costumbres obligaban a respetar su decisión y su honor.

“Al Oeste, siempre al Oeste”, le había dicho su abuelo antes de partir. Y hacia allá se había dirigido.





Ya más recuperada, comenzó a recorrer aquel extraño lugar. La arena había entrado a las construcciones, cubriendo gran parte de su interior. Ya no existían ventanas ni puertas, y el acero lucía sumamente oxidado.

En lo que alguna vez habían sido calles encontró restos de autos, camiones y buses. Unos pocos postes de alumbrado todavía seguían en pie, como mudos centinelas de una ciudad fantasma. Y a lo lejos, más allá de la última torre, Kara vio al menos una docena de barcos de diferente tamaño, inmóviles en la arena. “Esta es...”, musitó. Esta debía ser “La ciudad junto al mar” de la que le había hablado su abuelo. Pero no era lo que esperaba encontrar, así que llena de tristeza y decepción, cayó de rodillas sobre el suelo polvoriento. Trató de no llorar, porque no podía darse el lujo de perder valiosas gotas de agua. Pero la frustración era demasiado grande y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Súbitamente un sonido profundo y estremecedor retumbó en todo el lugar. Kara se puso de pie con todos sus sentidos en alerta, intentando encontrar la fuente de aquel ruido. El corazón se le iba a salir por la boca. Un segundo estallido inundó el lugar, reverberando en el eco que se propagó por las ruinas de la ciudad. Entonces, al mirar hacia arriba, Kara sintió que sus piernas se doblaban por la impresión.

Nubes enormes y grises avanzaban a gran velocidad desde el horizonte, ocultando por completo al sol. Ella jamás había visto algo semejante y pensó que esas vaporosas formas en el cielo debían ser como las tormentas de arena que cada cierto tiempo azotaban su aldea. Entonces sintió algo en su rostro, como un pinchazo. Luego otro y otro, hasta que incrédula descubrió que lo que caía sobre ella eran gotas de agua. Y las tímidas precipitaciones se convirtieron en una lluvia que rápidamente empapó su cabello y su ropa.

En pocos minutos ya se habían formado charcos en el suelo y sobre los techos cóncavos de varios autos ruinosos. Así que Kara abrió las tapas







de sus cinco cantimploras y las llenó hasta rebalsarlas. Luego estrujó varias veces su pañuelo empapado sobre sus labios, sintiendo el sabor refrescante de aquella agua fría y deliciosa. Y Kara se preguntó si acaso esto sería el regreso de los antiguos mares, que caían del cielo para devolver la esperanza a todos los clanes y aldeas que habitaban el Gran Desierto.

Pero súbitamente la intensidad de la lluvia empezó a decaer, hasta quedar reducida a gotas esporádicas. Entonces, por el rabillo del ojo, las vio.

A unos cuantos metros, sobre los postes del alumbrado, tres extrañas criaturas la observaban en silencio. No se parecían a nada que ella conociera. Estaban cubiertas de algo que claramente no parecía pelo. Eran casi totalmente blancas, salvo algunas pequeñas zonas de su cuerpo. Y las patas eran de un amarillo intenso.

Una de ellas abrió lo que debía ser su boca y dejó escapar un agudo sonido que las otras dos criaturas imitaron. Luego extendieron lo que parecían ser sus brazos y empezaron a moverlos de arriba abajo, hasta que saltaron de los postes. Pero en vez de caer al suelo, aquellas criaturas se movieron cómodamente por el aire, ganando altura.

Kara intentó alcanzarlas corriendo tras ellas. Pero ya iban demasiado lejos, siguiendo a la lluvia. ¿Qué eran? ¿Cómo podían permanecer en el aire sin caer? La única respuesta a sus preguntas fue algo parecido a una escama, blanca y alargada, que una de las criaturas había dejado atrás. Kara se agachó, la recogió y se sorprendió de su suavidad. Entonces recordó una historia contada hace mucho por su abuelo, sobre animales que podían volar y cuyo cuerpo estaba cubierto de algo llamado... ¿Cómo era la palabra? Plumas. Sí, se llamaban plumas.

Kara volvió a tocarla, disfrutando de las cosquillas en la palma de su mano, y entonces sintió que todo tenía sentido. Tal vez ese lugar no era “La ciudad junto al mar” de la que le había hablado su abuelo. Pero quizá existían otras ciudades como esa, más allá del horizonte. En alguna

parte había un mar. La lluvia y los animales que podían volar eran la prueba de eso.

Con gran cuidado guardó la pluma dentro de uno de sus bolsillos. Luego observó durante algunos minutos las ruinas que la rodeaban, anudó su pañuelo alrededor del cuello, se puso sus lentes oscuros y comenzó a caminar hacia el Este, de regreso a su aldea. Ya tenía la prueba que necesitaba para guiar a su clan en la nueva travesía. Pero ahora no irían en busca de un pozo. “La ciudad junto al mar” estaba en algún lugar hacia el Oeste, tal como le había dicho su abuelo. Y Kara la iba a encontrar.



QUIÉNES SON LOS AUTORES

JACQUELINE BALCELLS

Estudió Periodismo en la Universidad Católica, pero prefirió escribir a ser reportera. Sus primeros cuentos fueron escritos para sus hijas y publicados en Francia, durante sus años de residencia en París. A su regreso a Chile siguió publicando y ahora escribe para sus nietos. En Francia recibió el premio Bonnemine D'Or, otorgado al autor del cuento más leído por los niños durante el año. En Chile recibió distinciones de Honor de IBBY por sus libros *El polizón de la Santa María* y *Simón y el carro de fuego*.

BÁRBARA OETTINGER

Ilustradora, fotógrafa y artista visual. Ha desarrollado el proyecto online tareapalacasa.tumblr.com. Actualmente desarrolla el proyecto Punto ciego, donde invita a escribir en un papel una confesión. www.barbaraoyettinger.com

SARA BERTRAND

Estudió Historia y Periodismo en la Universidad Católica y ha trabajado en diferentes medios de comunicación escrita. Colabora para *Cultura y Revista de Libros* del diario *El Mercurio*. También escribe para la revista de vinos y gastronomía *La CAV*. El año 2007 ganó una

beca de creación literaria del Fondo del Libro con *Cuentos inoxidables*. Es autora de *Antonio y el Tesoro de Juan Fernández*, *Antonio y el misterio de los hombres roca*, *La momia del Salar*, *Ramiro Mirón o el ratón espía*, *La casa del ahorcado* y *El oro de la corona*.

PATI AGUILERA

Diseñadora, ilustradora y socia fundadora de PLOP! Galería. En 2005, junto a Fito Holloway, creó la agencia de diseño AjíColor desde donde ha colaborado con diversas instituciones sociales y culturales. Sus ilustraciones se publican regularmente en la Revista Mujer de *La Tercera*. festivaldelaji.blogspot.com

CECILIA BEUCHAT

Escribió su primer libro de poesía a los ocho años y desde entonces no ha parado. Algunos de sus libros son *Cuentos con algo de mermelada*, *Cuentos con olor a fruta* y *Cuentos con gatos, perros y canarios*. “En mis obras intento mostrar las cosas tal como son. Mis personajes son niños comunes y corrientes, de carne y hueso, niños que tienen sus problemas y que interactúan con adultos”, ha dicho sobre su trabajo. Cecilia se dedica también a la docencia y a la investigación de temas relacionados a la educación y el lenguaje.

MAYA HANISCH

Ilustradora infantil. Ha publicado los libros *De aquí y de allá* (Amanuta), *Cartas para enviar en volantín* (Pehuén), *Mi primer atlas ilustrado de Chile* (Sol y Luna), entre otros proyectos. www.mayahanisich.blogspot.com

ESTEBAN CABEZAS

De reuniones de monstruos, amores en una biblioteca, niños con bigote y aventuras en mundos paralelos ha escrito Esteban Cabezas, quien además de escribir para niños, es periodista y crítico de restaurantes. Algunos de sus libros están protagonizados por Julito Cabello, María la Dura y el fantasmal niño semihuérfano. Algunas de sus publicaciones son *El niño con bigote* y *El aroma más monstruoso*. En 2009 obtuvo el Premio de Literatura Infantil El Barco de Vapor.

SOL DÍAZ

Ilustradora y humorista gráfica. Es autora de los libros *Bicharracas* y *Cómo ser una mujer elegante* (Ril Editores), *Sin nada* y los cuentos infantiles *El rey Maximiliano*, *Carlos Cuadrado* y *Pancha, la chancha* (LOM Ediciones). Además, es creadora de la serie animada *Telonio y sus demonios*. solilustraciones.blogspot.com



SERGIO GÓMEZ

Nació en la ciudad de Temuco. Estudió Derecho en la Universidad de Concepción, donde fue profesor durante un año. Luego lo invitaron a trabajar en un diario en Santiago y aunque no le gustó mucho la capital cuando llegó, se ha quedado más de 20 años. Ha escrito varios libros, entre ellos la saga del detective adolescente *Quique Hache*. Algunas de sus publicaciones son *El canario Polaco*, *Yo simio* y *Los increíbles poderes del señor Tanaka*.

FRANCISCA MENESES

Ilustradora y diseñadora. Ha participado en los libros *Play. 40 canciones para ver y Cuentos para grandes*, ambos de Ediciones B. Colabora con diversos medios de comunicación. Es creadora del sitio www.viviendosolo.cl y publicó, junto a Carolina Castro, el libro *El niño que quería ser gato* (Gráfito ediciones). www.frannerd.cl

HÉCTOR HIDALGO

Dice que decidió ser escritor durante su infancia en San Fernando cuando descubrió el libro *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll. Más tarde fue a la universidad y estudió varias carreras y oficios relacionados a los libros y a la lectura: Literatura, Pedagogía, Bibliotecología y Edición. Ha publicado una decena de libros para niños como *Cuentos mágicos del sur del mundo* y *Los guantes del rey Joaquín*.

HERNÁN KIRSTEN

Ilustrador y arquitecto. Ha colaborado con revistas como *Qué Pasa*, el diario *La Cuarta* y *Fundación la Fuente*. www.hernankirsten.cl

ANDREA MATURANA

Comenzó a publicar a los 18 años. Sus cuentos han sido incluidos en diversas antologías chilenas y extranjeras. Su novela *El daño* fue editada por Alfaguara en 1997 y fue traducida al holandés en 1999. Publicó en México los cuentos para niños *La isla de las langostas*. En 2007 recibió el premio al mejor libro de cuentos publicado en Chile y el año 2006 por su libro *No decir*. Su libro *Eva y su Tan* fue incluido en la lista de honor de IBBY. Aparte de escribir, Andrea traduce y es instructora de meditación.

ISABEL HOJAS

Egresada de Arte e ilustradora. Ha realizado numerosos libros infantiles, entre los que destacan *Gabriela, la poeta viajera* (Amanuta), premio Marta Brunet 2008 y *Lista de Honor IBBY 2010*, y *Sabores de América* (Amanuta), seleccionado en *The White Ravens 2010*. tierradehojas.blogspot.com / www.tierradehojas.cl

ALICIA MOREL

Dramaturga, escritora, poetisa y ensayista. Inició su trabajo literario en el año 1938 con una autoedición familiar titulada *En el campo y la ciudad*,

y desde esa primera publicación ha incursionado en diversos géneros. Ha colaborado con otros escritores, como por ejemplo con Marcela Paz en *Perico trepa por Chile*. Algunos de sus personajes, como la *Hormiguita Cantora* y el *duende Melodía*, son parte de la memoria de varias generaciones de niños chilenos.

LORETO SALINAS

Ha ilustrado los libros *Animales chilenos* y *Animales argentinos* (Pehuén), *Nawel, el hijo de los animales* (Planeta Sostenible), *La niña sin sombra* (Bags of Book) y *Un niño de mil años* (Zig-Zag). www.loretosalinas.com

MAURICIO PAREDES

Estudió en la Universidad Católica, donde se tituló con distinción de ingeniero civil eléctrico. Ejerció su profesión hasta el año 2001, momento en que decidió seguir su vocación literaria. Además de escribir, se dedica a la investigación y difusión de la literatura infantil. Ha sido guionista de televisión, profesor universitario, colaborador del Ministerio de Educación, entre otros. Ha publicado libros como *La cama mágica de Bartolo*, *Verónica la niña biónica*, *Cómo domesticar a tus papás*, *Bartolo y los enfermos mágicos* y *Tincuda, la comadreja trompada*.

FITO HOLLOWAY

Diseñador e ilustrador. Es socio fundador de la agencia de diseño AjiColor y de PLOP! Galería. Ha ilustrado y diseñado los libros de la colección Biblioteca Chilena de la editorial Fondo de Cultura Económica.
festivaldelaji.blogspot.com

PEPE PELAYO

Se llama José, pero le dicen Pepe. Parte de su infancia la pasó en la ciudad de Matanzas, Cuba, viajando entre su casa, la escuela y las guaridas del barrio. Es ingeniero civil de profesión, pero ha escrito casi cincuenta libros, la mayoría de humor para niños y niñas. Entre sus múltiples publicaciones se cuentan: *El numerito de Pepito*, *Trino de colores* y *Ni un pelo de tonto*.

MARGARITA VALDÉS

Artista e ilustradora. Publicó en 2010 *Margarita en un mundo de adultos* (Pehuén editores), obra financiada por el Fondo Nacional del Libro y la Lectura.
dibujosmarga.blogspot.com

MANUEL PEÑA MUÑOZ

Cuando vivía en Valparaíso de niño, empezó a escribir cuentos en su diario de vida. Así decidió que quería ser escritor, para contar las vidas de las personas. Con el tiempo cumplió su sueño porque he escrito muchos libros, entre ellos *El hacedor de juguetes* y la novela *Mágico sur*, la que ganó en España

el Premio Gran Angular. Además de escribir, se ha dedicado a investigar lo que otros han escrito para niños y jóvenes, convirtiéndose en especialista en esta materia.

ALEJANDRA ACOSTA

Ilustradora y diseñadora. Recibió una Mención Honrosa en el Concurso de Álbum Ilustrado A la orilla del viento 2009 por el libro escrito por Esteban Cabezas *El niño con bigote* (FCE). Ha ilustrado los libros *Ecos verdes* (Amanuta), *Del enebro* (Jekyll&Jill Editores) y *El árbol* (Pehuén), entre otros.
www.pajarocontemplativo.com

FLORIDOR PÉREZ

Cuando era estudiante de la Escuela de Calbuco sus compañeros juraban haber visto al Caleuche; y después, cuando Floridor fue profesor de una escuela de campo en la zona central, escuchó las historias que los abuelos de sus alumnos contaban junto al fogón. Así fue como más tarde –por entonces profesor en un liceo del Norte Chico– empezó a escribir estos relatos en libros como *Mitos y leyendas de Chile*, *La vuelta de Pedro Urdemales* y otros, que ahora mismo irán por ahí en la mochila de algún niño.

ALBERTO ROJAS

Periodista de la Universidad Diego Portales. En 1995 obtuvo el primer lugar en el Concurso de Literatura Juvenil Marcela Paz con su novela *La lanza rota*, reeditada

en 2007 con más capítulos y nuevas ilustraciones. Luego publicó *La hermandad del viento*, galardonada por el Consejo Nacional del Libro y la Lectura con el Premio Marta Brunet como la mejor novela juvenil de ese año. Y en 2011 publicó *La sombra de fuego: el último vuelo del teniente Bello*, novela que transporta a este famoso piloto chileno a un siglo XIX alterno.

JORGE QUIEN

Artista visual y dibujante de cómics. Ha publicado sus obras en libros compilatorios como *Ojo de vidrio*, *Monos serios* y *Trauko*, e individualmente ha editado los libros *Vichoquien* y *Humanillo*.
www.jorgequien.com





FICHA TÉCNICA
CRÉDITOS DE AUTORES

“El niño que quería ver a su ángel”

- © Texto: Jacqueline Balcells
- © Ilustraciones: Bárbara Oettinger

“Amores de perros”

- © Texto: Sara Bertrand
- © Ilustraciones: Pati Aguilera

“Una verdadera maravilla”, originalmente publicado en el libro *Cuentos con maravilla*

- © Texto: Cecilia Beuchat
- © Editorial Andrés Bello, 1993
- © Ilustraciones: Maya Hanisch

“Tres cuentos para leer uno a uno”

- © Texto: Esteban Cabezas
- © Ilustraciones: Sol Díaz

“Harry Houdini en el barrio”

- © Texto: Sergio Gómez
- © Ilustraciones: Fran Meneses

“El vendedor de lluvias”

- © Texto: Héctor Hidalgo
- © Ilustraciones: Hernán Kirsten

“Las cosas raras”

- © Texto: Andrea Maturana
- © Ilustraciones: Isabel Hojas

“La noche del tatú”

- © Texto: Alicia Morel
- © Ilustraciones: Loreto Salinas

“El niño más bueno del mundo y su gato Estropajo”

- © Texto: Mauricio Paredes
- © Ilustraciones: Fito Holloway

“La Caperucítala”, originalmente publicado en el libro

- Pepito y sus librerías*
- © Texto: Pepe Pelayo
- © Alfaguara Infantil, 2004
- © Ilustraciones: Margarita Valdés

“Lily, el pequeño duende del Callejón de las Hormigas”

- © Texto: Manuel Peña Muñoz
- © Ilustraciones: Alejandra Acosta

“El diablo y el boxeador”, originalmente publicado en el libro

- El que no corre vuela y otros cuentos*
- © Texto: Floridor Pérez
- © Alfaguara Infantil, 2012
- © Ilustraciones: Pati Aguilera

“La ciudad junto al mar”

- © Texto: Alberto Rojas M.
- © Ilustraciones: Jorge Quien

Publicación a cargo de

Soledad Camponovo Llanos (CNCA)

Arte, diseño y diagramación

Soledad Poirot Oliva (CNCA)

Edición y producción

Miguel Ángel Viejo Viejo (CNCA)

Corrección de textos

Gerardo Valle González (CNCA)

Agradecemos a PLOP! Galería por la curatoría de las ilustraciones (www.plogaleria.com)

© Consejo Nacional de la Cultura y las Artes

Registro de Propiedad Intelectual

n° 236.593

ISBN (papel): 978-956-352-055-2

ISBN (pdf): 978-956-352-056-9

www.cultura.gob.cl

Se autoriza la reproducción parcial citando la fuente correspondiente.

En este libro se utilizó para el cuerpo de texto principal la tipografía *Australis*, creada por el diseñador chileno Francisco Gálvez, fuente ganadora del Gold Prize en los Morisawa Awards 2002 de Tokio.

1ª edición, diciembre de 2013

Se imprimieron 6.000 ejemplares

Impreso en Quad/Graphics Ltda.

Santiago, Chile

PUBLICACIONES CULTURA es una serie de proyectos editoriales sin fines de lucro del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes que tiene por objeto difundir contenidos, programas y proyectos relacionados con la misión de la institución.

Cuenta con un sistema de distribución que permite poner las publicaciones a disposición del público general, de preferencia utiliza tipografías de origen nacional y se imprime bajo el sello PEFC, que garantiza la utilización de papel proveniente de bosques de manejo sustentable y fuentes controladas.

Roberto Ampuero

Ministro Presidente del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes

Carlos Lobos Mosqueira

Subdirector Nacional

Magdalena Aninat Sahli

Directora de Contenidos y Proyectos

Miguel Ángel Viejo Viejo

Editor y productor editorial

Aldo Guajardo Salinas

Editor y productor editorial

Soledad Poirot Oliva

Directora de Arte

Martín Lecaros Palumbo

Diseñador

Cuando leemos o escuchamos cuentos creamos un espacio íntimo de encuentro entre el que relata y el o los que escuchan. Cuando un papá, una mamá, un hermano, una abuela o un profesor le lee a un niño, posibilita un acercamiento afectivo, porque al leerle también le está diciendo: “Te lo cuento porque te valoro y te quiero”.

Los relatos aquí recogidos fueron escritos por 13 autores nacionales, como Alicia Morel y Floridor Pérez, y representan a diferentes generaciones y visiones de los cuentos para niños. Son historias que además fueron enriquecidas con las ilustraciones que realizaron a partir de ellas 12 jóvenes artistas chilenos. Los contenidos de esta edición reflejan la fuerza y la diversidad que tiene actualmente la creación en torno a la literatura infantil en Chile.

Este libro, impulsado desde el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes por el Plan Nacional de Fomento de la Lectura Lee Chile Lee, promueve la iniciativa desarrollada desde 2012 mediante el programa Un Cuento al Día, que invita a los adultos a leer diariamente a los niños mediante la publicación y distribución gratuita de relatos ilustrados, a través de diarios, en el transporte público, bibliotecas y escuelas, incentivando y celebrando la lectura como práctica cotidiana.